

Las personas con discapacidad en la Biblia

Pbro. Pablo A. Molero

Antiguo Testamento

El pueblo de Israel es heredero de una tradición sobre la enfermedad, donde se ubicaba en aquel tiempo la deficiencia, que se conformó con elementos tomados de otros pueblos con los que se fue relacionando y que fue adecuando a sus propias creencias.

Pedro Laín Entralgo en su historia de la medicina hace la siguiente síntesis: “El carácter propio de la medicina de Israel se halla a la vez determinado por la condición arcaica y semítica y por el resuelto monoteísmo del pueblo israelita que salió de Caldea y se estableció en Canaán (1850-1500 a.C); y su contenido, aparte un núcleo autóctono muy semejante al de otros pueblos del mismo género de vida y análogo nivel cultural, por las varias vicisitudes que Israel sufrió desde entonces hasta la destrucción de Jerusalén por Tito (67 d.C): relación con Mesopotamia, servidumbre en Egipto, cautividad en Babilonia, contactos con la cultura helenística.”[1]

La cultura asirio-babilónica afirmaba que “todos los fenómenos terrenales o cósmicos se encontraban subordinados a la voluntad de los dioses, que todas las dolencias o maleficios eran producidos por demonios y que las curas se explicaban a través de una correlación estrecha con los dioses o con genios benéficos.”[2]

Para ellos la enfermedad “fue básica y primariamente entendida como un castigo de los dioses irritados contra quien estaba padeciéndola, a causa de un pecado de éste. En rigor, la interpretación de la enfermedad como castigo aparece en todas las formas de la cultura primitiva, en modo alguno es privativa de Asiría y Babilonia, pero es cierto que nunca, sin embargo, se ha vivido esa interpretación con tanta fuerza y de un modo tan consecuente y sistemático como en estos dos pueblos.”[3]. Así “una misma palabra asiría, shêrtu, significa a la vez pecado, impureza moral, cólera de los dioses, castigo y enfermedad. Esta, la enfermedad, era primariamente shêrtu, mácula que impedía al paciente participar en las ceremonias religiosas públicas. Pese al inmenso anacronismo, no parece ilícito decir que en el enfermo se veía ante todo un «excomulgado» por impureza moral, de la cual el síntoma corporal, fiebre, úlcera o parálisis, sería penosa manifestación sensible.”[4]

Según su concepción, “todos los dioses podían infligir a los hombres el castigo de la enfermedad. Los modos efectivos de la punición que produce una enfermedad serían básicamente tres: 1. La acción directa del dios enojado. 2. El apartamiento de la divinidad (los dioses dejan en tal caso al hombre abandonado a sus propias fuerzas, con lo cual pronto cae presa de alguno de los varios órdenes de espíritus malignos, demonios o almas en pena). 3. El encantamiento por obra de un hechicero, como consecuencia del pecado cometido.”[5]

Al ser entendida así la causa de la enfermedad, al enfermo se lo sometía a un interrogatorio (examen de conciencia) para descubrir el pecado que había dado origen al castigo de la enfermedad.

Esta manera de pensar va a unir la deficiencia con la mala obra, con el pecado. La relaciona con la responsabilidad humana, con el mal que el hombre provoca y así la deficiencia es carga de moralidad: ¿Qué hice de malo yo para merecer este castigo?

Pero también se encuentra “otra expresión de un más alto nivel histórico, intelectual y moral en la conciencia de sí mismo: la acongojada perplejidad de las imprecaciones del poema del Justo doliente: «Al que ha jurado en vano el nombre de Dios he sido yo asimilado. Pero, yo sólo he pensado en la súplica y en la plegaria. La plegaría ha sido mi regla; la ofrenda, mi ley.» El insondable problema del dolor no merecido —del cual serán formas ulteriores el Libro de Job y la tragedia griega— surge así en el alma de los hombres de Assur y Babilonia.”[6]

“El tratamiento era coherente con esta concepción punitiva, religiosa y moral de la enfermedad. Nervio del mismo fueron el exorcismo, la ofrenda a los dioses, la plegaria, el sacrificio ritual, la ceremonia mágica; lo cual no quiere decir que el sanador asirio no recurriese también al medicamento y a la intervención quirúrgica.”[7]

Según Laín Entralgo, “en la sociedad profana y entre los médicos de Egipto se mezclaron siempre, con predominio mayor o menor de una u otra, las dos actitudes que frente al hecho de enfermar se han dado en todas las culturas arcaicas: su concepción como un azar que sin culpa de quien lo sufre puede acontecerle a cualquier hombre y su interpretación como un castigo divino, con el reato de ver en el enfermo una persona social y religiosamente impura. «Soy un hombre que ha jurado en falso por Ptah, Señor de la Verdad, y él me ha hecho padecer oscuridad en el día», dice un texto recogido por T. E. Peet (...). Cabe en todo caso afirmar que, en el Egipto antiguo, incluso cuando prevaleció la visión de la enfermedad como castigo y mácula y era habitual el tratamiento mágico-religioso de ella, siempre la disposición mental del sanador fue más suelta que en Asiría y Babilonia, y siempre más fuerte el atemimiento de éste a los datos de la observación sensorial...”

“La práctica médica en el Antiguo Egipto mezclaba elementos mágicos y religiosos con conocimientos anatómicos y fisiológicos. Los médicos clasificaron las enfermedades en tres categorías: las que eran atribuidas a espíritus malignos, las provocadas por traumatismos y las de causas desconocidas, atribuidas a los dioses. Para ellos el cuerpo humano estaba constituido por una serie de canales o conductos a través de los cuales circulaba aire, sangre, alimentos y esperma.”[8]

La medicina de Israel tenía las siguientes notas: “1. Durante mucho tiempo, en la enfermedad se vio el castigo de un pecador por la cólera de Yahvé. La impureza del enfermo era primariamente religiosa y moral... (Ella provenía de la justicia de Dios que castigaba al hombre el mal realizado. Y dado que su origen era divino, sólo Dios la podía curar. Su sanación era algo milagroso, obra de Dios. Pero también se consideró que podía haber curación por la acción de un médico.) 2. Sólo Dios es para el hombre de Israel el verdadero «sanador» (rofé), sólo de su poder y su voluntad depende el restablecimiento de la salud... 3. Dentro de este contexto religioso e intelectual, cobra grandeza y significación muy especiales la lección del Libro de Job, máxima expresión de la cultura y la espiritualidad del pueblo de Israel ante el tremendo problema moral del dolor no merecido. Elifan, Bildad y Sofar, representantes típicos de la mentalidad tradicional, interpretan la enfermedad y los males de Job como castigo divino e increpan con dureza al doliente para que se resigne ante lo que, sabiéndolo o no, él ha merecido; pero Job no se siente pecador, y entre humilde y exigente pide cuentas de su desgracia, si vale decirlo así, a su Dios y Señor. Esta patética actitud y la bienhechora respuesta final de Yahvé nos hacen descubrir la gran novedad y el sentido profundo de todo el relato: la enfermedad ya no es considerada como «castigo» por el creyente —Job nunca deja de serlo—, sino como «prueba».”[9]

En la Biblia se hace referencia a las enfermedades con que Dios castiga a los hombres que no cumplen con los mandamientos: “Pero si no escuchas la voz del Señor, tu Dios, y no te

empeñas en practicar todos los mandamientos y preceptos que hoy te prescribo, caerán sobre ti y te alcanzarán todas estas maldiciones:... El Señor hará que se te contagie la peste, hasta que seas eliminado de la tierra que va a tomar en posesión. El Señor te castigará con tisis, fiebre, inflamación, ardores, aridez, quemadura y pulgón, que te hostigarán hasta que desaparezcas... El Señor te herirá con forúnculos de Egipto, con tumores, sarna y tiña, de los que no podrás curarte. El Señor te castigará con locura, ceguera y delirio..." (Dt.28,15.21-22.27-28).

Incluso se pensaba que el castigo del pecado de los padres podía ser sufrido por los hijos. El profeta Jeremías (31,29-30) trae el siguiente anuncio: "En aquellos días, no se dirá más: Los padres comieron uva verde y los hijos sufren la dentera. No, cada uno morirá por su propia iniquidad: todo el que coma uva verde sufrirá la dentera." Y el profeta Ezequiel (18,2-4) hace un mensaje similar: "La palabra del Señor me llegó en estos términos: ¿Por qué andan repitiendo este refrán en la tierra de Israel: 'Los padres comieron uva verde, y los hijos sufren la dentera? Juro por mi vida – oráculo del Señor – que ustedes nunca más dirán este refrán en Israel. Porque todas las vidas me pertenecen, tanto la del padre como la del hijo: la persona que peca, esa morirá.'".

Sobre la concepción de la enfermedad como castigo divino por el pecado cometido y su influencia sobre la comunidad dice Gerhard Von Rad en su libro Teología del Antiguo Testamento: "En la mentalidad corriente de nuestra época el pecado importa únicamente al individuo y a su vida interior, más aún, el mal ocasionado por el pecado se identifica con el acto malo. La mala acción puede ocasionar al pecador alguna desgracia visible, cuando de una u otra manera queda prisionero del mal que él mismo provocó. Pero tales consecuencias parecen más o menos fortuitas y ya nadie se maravilla si el mal no recae sobre el culpable. En cambio, el pecado era para los pueblos antiguos un fenómeno mucho más vasto: el acto pecaminoso representaba sólo una faceta de la realidad total, pues el delito había liberado una potencia maligna que tarde o temprano se volvería contra el malhechor o su comunidad. Según esta concepción, la 'retribución' que recae sobre el malvado, no es un acontecimiento posterior de carácter forense que el pecado desencadena en una esfera diversa, como sería en la presencia de Dios; es, más bien, una irradiación del mal que sigue actuando y se extingue sólo en la retribución misma.

A esta concepción se la llamó 'visión sintética de la vida', pues todavía no es capaz de concebir la actividad humana y sus repercusiones como dos realidades distintas y autónomas, con relaciones muy vagas entre sí. Presupone, por el contrario, la proporción más estrecha posible entre la acción y sus consecuencias; se trata de un proceso que, en virtud de un poder intrínseco, tanto el bien como el mal, desemboca en un resultado bueno o malo. Este era para Israel un orden fundamental; Yahveh lo había instaurado y vigilaba por su funcionamiento regular. El 'hace caer la conducta del malvado sobre su propia cerviz' (1Re 8,32). Los Proverbios hablan todavía extensamente de este orden fundamental, pero lo hacen con un aire neutral que nos sorprende. Hablan como si se tratara de una constante autónoma de la vida humana; es decir, sin mencionar en cada caso la intervención directa de Yahveh. (Para los judíos el pecado era más bien una fuerza que lleva al pecador a su propia ruina, pues, fundamentalmente se identifica con el castigo.)

Lo dicho indica que nuestra distinción entre el pecado y el castigo no corresponde en absoluto con la mentalidad del Antiguo Testamento. La terminología veterotestamentaria nos proporciona la prueba más convincente: tanto pecado como castigo se dicen con la misma palabra. Así, el narrador hace decir a Moisés: 'si desobedecen pecarán contra Yahveh y verán cómo les alcanzará su castigo (Núm 32,23). En hebreo la acción y las malas consecuencias que 'alcanzaron' a Israel, es decir, que recaen sobre él, son una misma cosa.

La súplica de Aarón a Moisés: “Señor mío, no cargues sobre nosotros un castigo porque hemos obrado neciamente y hemos pecado.” (Núm 12,11).”[10]

Este autor agrega lo siguiente para explicar aún más esta mentalidad: “...la acción mala rebotaba sobre el culpable con consecuencias funestas; la buena, con consecuencias benéficas. Como una piedra arrojada en el agua, así cada acción provoca un movimiento hacia el bien o hacia el mal; se pone en marcha un proceso que, sobre todo en el caso de un crimen, solo se detiene cuando la retribución alcanza al malhechor. Pero esta retribución no es un acto nuevo, proveniente de una región extraña al culpable; es más bien, la prolongación del acto mismo, que se adhiere al responsable como si fuera un objeto. De hecho, el hebreo no tiene ninguna palabra para decir castigo. El término culpa y pecado pueden indicar la mala acción y también sus funestas consecuencias, es decir, el castigo, porque, en el fondo, son una misma cosa...

...En todo esto, Yahvéh tenía una parte muy directa... para Israel y su fe en la causalidad universal de Yahvéh, era imposible concebir un fenómeno tan elemental sin relacionarlo con su actividad. Y, de hecho, le atribuyó directamente ese proceso funesto o benéfico, desencadenado por un acto determinado. Él era, en definitiva, quien conducía el proceso a su fin: él había establecido esa conexión y por eso el culpable sólo podía dirigirse a Yahvéh para moverle a romperla y evitar así el castigo, que estaba ya en camino. Sólo Yahvéh podía decidir si el culpable debía ‘cargar con su culpa’.”[11]

Esta mentalidad guardaba la siguiente síntesis: si bien la enfermedad, la deficiencia, como castigo, tenía su origen en una acción de Dios (el castigo), su causa era el hombre (su pecado).

La situación de exclusión que vivían las personas con discapacidad será usada por el profeta Isaías para hablar de los tiempos mesiánicos, de los tiempos finales. Cuando venga el Mesías todo será renovado. Habrá un nuevo mundo. Esa nueva creación será expresada como un momento en que habrá un nuevo pueblo, nadie será excluido. Ese actuar de Dios se identifica con que la suerte de las personas con deficiencia será cambiada porque esta desaparecerá.

“¡Regocíjense el desierto y la tierra reseca, alégrese y florezca la estepa! ¡Sí, florezca como el narciso, que se alegre y prorrumpe en cantos de júbilo! Le ha sido dada la gloria del Líbano, el esplendor del Carmelo y del Sarón. Ellos verán la gloria del Señor, el esplendor de nuestro Dios. Fortalezcan los brazos débiles, robustezcan las rodillas vacilantes; digan a los que están desalentados: ¡Sean fuertes, no teman: ahí está su Dios! Llega la venganza, la represalia de Dios: él mismo viene a salvarlos. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y se destaparán los oídos de los sordos; entonces el tullido saltará como un ciervo y la lengua de los mudos gritará de júbilo. Porque brotarán aguas en el desierto y torrentes en la estepa; y el páramo se convertirá en un estanque y la tierra sedienta en manantiales; la morada donde se recostaban los chacales será un paraje de cañas y papiros.” (Is.35, 1-7)

Sacerdotes y médicos

Yahvéh le había dicho a su pueblo a través de Moisés: “Si escuchas realmente la voz del Señor, tu Dios, y practicas lo que es recto a sus ojos, si prestas atención a sus mandamientos y observas todos sus preceptos, no te infligiré ninguna de las enfermedades que envié contra Egipto, porque yo, el Señor, soy el que te da la salud” (Ex.15,26).

Sólo Dios podía curar. En el Segundo Libro de los Reyes (5,7) el Rey de Israel ante en pedido que le hace el Rey de Arám de que cure a un servidor dice: “¿Acaso yo soy Dios, capaz de hacer morir y vivir, para que este me mande librar a un hombre de su enfermedad?”.

Si Dios es el que enferma, Él es el que sana, pero también se considera que usa a los sacerdotes y los médicos, como instrumentos de su obra de sanación.

Para muchos recurrir a los médicos, era un acto de incredulidad en Yahvéh. “El sufrimiento venía de Yahvéh; él sólo podía vendar y curar... El libro de la Sabiduría expresa, con palabras muy atrevidas, el modo como Dios curó a los israelitas de las plagas de Egipto: ‘pues ni hierba ni emplasto los curó, sino tu palabra, Señor, que todo lo cura’ (Sab.16,12). Pero también en el antiguo Israel se acudía habitualmente a Yahvéh en toda clase de enfermedades. En las lamentaciones oímos la invocación: ‘¡cúrame!’ (Sal.6,3; Jer.17,14) y en los cantos de acción de gracias se hace esta confesión: ‘tú me sanaste’ (Sal.30,3; 103,3). Grave era la condición del que acudía a una divinidad extranjera (2Re.1,2-8).

Esta postura tan radical no excluía ciertamente cualquier género de tratamiento médico. Cuando el enfermo se ha encomendado a Yahvéh, entonces las medicinas reciben también la consideración que se merecen (2Re.20,1-7). Sólo las instrucciones sobre la lepra en Levítico 13 nos puede dar un conocimiento más detallado sobre la administración sacerdotal de la medicina...La idea de la íntima conexión entre el pecado y la enfermedad corporal es el presupuesto tácito, pero fundamental, de estos ritos y su complicado ceremonial de purificación. Con esto nos acercamos mucho a las afirmaciones teológicas del yahvista (uno de los escritores del Libro del Génesis) en Gén.3, pues él desea también probar que todas las perturbaciones de nuestra vida tienen su origen en la destrucción de las relaciones armoniosas con Dios.”^[12]

Por todo esto no se negaba la intervención de un médico. Justamente el Libro del Eclesiástico (38,1-15) dice sobre el médico: “Honra al médico por sus servicios, como corresponde, porque también a él lo ha creado el Señor. La curación procede del Altísimo, y el médico recibe presentes del rey. La ciencia del médico afianza su prestigio y él se gana la admiración de los grandes. El Señor hizo brotar las plantas medicinales, y el hombre prudente no las desprecia. ¿Acaso una rama no endulzó el agua, a fin de que se conocieran sus propiedades? El Señor dio a los hombres la ciencia, para ser glorificado por sus maravillas. Con esos remedios el médico cura y quita el dolor, y el farmacéutico prepara sus ungüentos. Así, las obras del Señor no tienen fin, y de él viene la salud a la superficie de la tierra. Si estás enfermo, hijo mío, no seas negligente, ruega al Señor, y él te sanará. No incurras en falta, enmienda tu conducta y purifica tu corazón de todo pecado. Ofrece el suave aroma y el memorial de harina, presenta una rica ofrenda, como si fuera la última. Después, deja actuar al médico, porque el Señor lo creó; que no se aparte de ti, porque lo necesitas. En algunos casos, tu mejoría está en sus manos, y ellos mismos rogarán al Señor que les permita dar un alivio y curar al enfermo, para que se restablezca. El hombre que peca delante de su Creador, ¡que caiga en manos del médico!”

Este texto, dice Von Rad, “reúne los juicios más disparatados sobre el problema teológico de la medicina. Dios ‘creó’ el médico y le dio la sabiduría. Las medicinas también provienen de Dios; cita incluso un pasaje de la Escritura para probar que es lícito usarlas. Hasta aquí, todo habla en favor del servicio que presta el médico. Pero en la segunda parte, la valoración teológica es más reservada. En caso de enfermedad se recomiendan la oración y el sacrificio, sin excluir en principio el recurso al médico, pues ‘hay ocasiones’ en que su mano tiene éxito. Merece notarse que también en este caso el sabio se siente obligado a dar una

legitimación teológica a la acción del médico: éste oró por el éxito de su diagnóstico. Estos argumentos positivos no hicieron mella en los últimos votantes: 'el que peca contra su hacedor, caerá en manos del médico'. Todo el capítulo es el documento típico de una 'ilustración', que no quiere abandonar la antigua fe tradicional pero tampoco se mantiene dentro de sus límites, e incita a la teología para que legitime a posteriori el oficio del médico, cuya existencia debía aceptar de un modo u otro."^[13]

- **Situación de la persona con deficiencia**

Ciertas enfermedades colocaban al individuo en un estado de impureza tal que no podía ser considerado como miembro del pueblo de Dios. Pasaba a ser un maldito, que tenía que ser excluido. Se lo consideraba como si fuera un extranjero. Esta condición era terrible en Israel que era un pueblo con un nacionalismo muy cerrado.

Así pasaba con los leprosos, pero también con el que era ciego, el que era cojo, el que era sordo.

Se los excluía del Templo:

Levítico 21,17-23: "Ninguno de tus descendientes que tenga un defecto corporal se acercará a ofrecer el alimento de su Dios, a lo largo de las generaciones. No podrá acercarse nadie que tenga un defecto corporal: ninguno que sea ciego, rengo, desfigurado o deforme; que tenga la pierna o el brazo rotos; que sea jorobado o raquíptico; que tenga una mancha en los ojos; que esté enfermo de sarna o de tiña, o que esté castrado. Ningún descendiente del sacerdote Aarón que tenga un defecto presentará las ofrendas que se queman para el Señor: por tener un defecto, no se acercará a presentar el alimento de su Dios. Podrá comer, en cambio, el alimento de su Dios, tanto las cosas santísimas como las santas. Pero no entrará detrás del velo ni se acercará al altar; él tiene un defecto corporal y no debe profanar esos lugares que me están consagrados; porque yo soy el Señor, que los santifico."

Se dice que su presencia va a profanar esos lugares. Si sucede esto es porque es un impuro, en él hay algo malo, pecaminoso.

Se los excluía de la vida comunitaria

Esta concepción consideraba que quien vivía en contacto con el pecador estaba como aceptando su vida, su manera de obrar, y por tanto podía correr su misma suerte: ser castigado por Dios. Por lo tanto, para evitar esto, había que rechazarlo, excluirlo, excomulgarlo.

El libro del Levítico dice, acerca de quienes ha cometido ciertos pecados, que "será excluido de su pueblo" o "será extirpado de su pueblo" (17,4-14 y 20,3-6).

Una vez más para comprender esta situación es bueno ver las consideraciones de Von Rad: "...el pecado era una categoría social. El individuo se hallaba tan íntimamente ligado a la comunidad por los lazos de la sangre y el destino común, que su delito no era una cuestión privada que afectase tan sólo a él y sus relaciones con Dios. Todo lo contrario: allí donde se cometía una grave transgresión del derecho divino, aparecía en primer plano el peso que recaía sobre la comunidad frente a Dios, pues con ellos se ponía en peligro su misma capacidad de celebrar el culto. Por eso, ella tenía un interés vital por restablecer el orden. Si Yahveh no se había reservado su restauración con alguna norma particular para el bien o para el mal, ésa se lograba con la ejecución o la expulsión del culpable (En la `ley de la

santidad` y en el documento sacerdotal todavía encontramos antiguas fórmulas de excomunión, que en épocas remotas se practicaban realmente en el culto. Con particular frecuencia se habla de 'cortar a uno fuera del pueblo israelita' (Lev17,4.9s.14; 20,3,5s; Núm. 9,13;15,30.31). La suerte del excomulgado era terrible (Gén.4,13), pues por estar cargado con una maldición le era imposible hallar abrigo en otra comunidad, todos los grupos lo rechazaban y, como en aquellos tiempos, ninguna persona podía vivir sin una relación con las potencias sobrenaturales, este hombre estaba condenado a los cultos ilegítimos y a la magia.) ...

...Esta concepción explica claramente el enorme interés de la comunidad por el pecado de sus individuos; éste no era sólo una culpa teórica que afectaba también a la comunidad, una 'mera' perturbación interna de sus relaciones con Dios; no, el mal, que su acción había puesto en movimiento, ejercía inevitablemente un influjo destructor sobre la comunidad, si no rompía su solidaridad con el malhechor, con un acto solemne y manifiesto. El pecador era, en un sentido absolutamente realista e inmediato, un peligro para la comunidad. Así resulta también evidente que, bajo tales presupuestos, el único criterio para juzgar el acto era su realización material; nada contaban las circunstancias personales, ni se recurría a los condicionamientos personales o a la intención subjetiva de su autor...

Cuando se violaba una disposición sagrada, surgía el problema de saber si la transgresión podía ser perdonada. La decisión tocaba a los sacerdotes quienes habían recibido la debida autorización de Yahveh; a no ser que éste ejecutara directamente la sentencia. Si el pecado era imperdonable, el culpable debía 'cargar con la culpa'. Esta expresión es... una fórmula característica del derecho sacro y la encontramos a menudo en el sacerdotal y Ezequiel. Tiene un significado doble: 'incurrir en una culpa' y 'expiar el castigo', de modo que el pecador queda solo, abandonado con el mal, e incapaz de liberarse de sus cadenas o lavar su impureza mediante un acto de heroísmo moral, queda reducido a un indefenso botín de su pecado. Esto se refería en primer lugar al efecto inmediato y repentino de la cólera divina, que destruía al culpable y lo arrojaba en el ámbito de la maldición (Núm. 5,1s; Lev 20,20). En otras ocasiones el culpable era excluido de la comunidad con una fórmula de excomunión; una tal expulsión equivalía casi a la pena de muerte. A veces la comunidad misma se aprestaba a ejecutar la sentencia por lapidación."^[14]

Esta forma de pensar de la sociedad hacía que muchos de ellos tuvieran que vivir en una miseria horrible, como era el caso de los ciegos que dependían de una familia que los pudiera mantener. Se veían obligados a vivir de la limosna pública al borde del camino y también por ser ciegos no tenían mucha participación en los actos litúrgicos o en las actividades del pueblo.

Algunos textos del Antiguo Testamento los consideraban como si fueran extranjeros. Para un pueblo tan nacionalista el extranjero era el pecador, el impuro, el que estaba fuera del Pueblo de Dios. Las mismas reglas que existían para los extranjeros también existían para estas personas.

En general era pobres, excluidos de los bienes sociales, olvidados, oprimidos por los poderosos, cuyos derechos no eran tenidos en cuenta. Su problemática fue tomada de manera particular por los profetas que salían en su defensa en nombre de Dios y exigían justicia a los gobernantes para ellos y criticaban a quienes se abusaban de ellos. Su actuar no era un mero anuncio de los tiempos futuros, buscaban que la realidad de estas personas cambiara, que se respetaran sus derechos, que reinara la justicia que es lo que Dios se comprometió con su pueblo. Él, para la concepción de Israel, es el defensor de los pobres, el que se preocupa por la justicia que es promover los derechos de los oprimidos (Dt.10,18).

El profeta Isaías cuando describe los tiempos de la salvación, los tiempos mesiánicos, los tiempos finales, con ese lenguaje poético tan propio de los autores semitas, dice que es un momento en el cual todas estas personas van a volver a utilizar todas sus facultades: el cojo saltará de alegría, el mudo cantará, los ciegos verán, se abrirán los oídos de los sordos. Esa descripción encuentra su mejor expresión en Isaías 35, 1-10:

“¡Regocíjese el desierto y la tierra reseca, alégrese y florezca la estepa! ¡Sí, florezca como el narciso, que se alegre y prorrumpe en cantos de júbilo! Le ha sido dada la gloria del Líbano, el esplendor del Carmelo y del Sarón. Ellos verán la gloria del Señor, el esplendor de nuestro Dios. Fortalezcan los brazos débiles, robustezcan las rodillas vacilantes; digan a los que están desalentados: «¡Sean fuertes, no teman: ahí está su Dios! Llega la venganza, la represalia de Dios: ¡él mismo viene a salvarlos!»». Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y se destaparán los oídos de los sordos; entonces el tullido saltará como un ciervo y la lengua de los mudos gritará de júbilo. Porque brotarán aguas en el desierto y torrentes en la estepa; el páramo se convertirá en un estanque y la tierra sedienta en manantiales; la morada donde se recostaban los chacales será un paraje de caña y papiros. Allí habrá una senda y un camino que se llamará «Camino santo». No lo recorrerá ningún impuro ni los necios vagarán por él; no habrá allí ningún león ni penetrarán en él las fieras salvajes. Por allí caminarán los redimidos, volverán los rescatados por el Señor; y entrarán en Sión con gritos de júbilo, coronados de una alegría perpetua: los acompañarán el gozo y la alegría, la tristeza y los gemidos se alejarán.”

La imagen de la transformación milagrosa de estas personas excluidas, oprimidas o desvalorizadas, quería decir que recuperarían su lugar en el pueblo de Dios, en la vida. Esta renovación no significaba una catarata de milagros que haría desaparecer las deficiencias. Con la diversidad propia de cada individuo ocuparían en el mundo nuevo el lugar que le corresponde a todo hombre.

De esta manera la inclusión social es afirmada como un derecho de la persona, algo que le corresponde, y por tanto se plantea como una cuestión de justicia.

Desde una lectura literal de estos textos los tiempos mesiánicos serán un momento en que abundarán los milagros y desaparecerá toda enfermedad y discapacidad en el mundo. Quedarse a este nivel de afirmación es una cosa muy pobre, es necesario ver en el contexto general de la Biblia lo que esto podía significar. Lo importante es lo que los milagros realizan. Gracias a la obra que produce el milagro estas personas pueden formar parte activa del pueblo de Dios, volver a ocupar el lugar que les corresponde y por eso mismo reconquistar esa imagen de Dios que estaba en el plan inicial. De un ser capaz de dominar la creación pasó a ser por la deficiencia un ser inútil, incapaz para poder trabajar, para transformar la realidad.

Para el profeta el tiempo de la salvación no será un derrame de milagros a manos llenas, como podría darse entre los antiguos en cualquier santuario, sino que el hombre que por múltiples motivos ha deteriorado o ha fragmentado su condición de imagen de Dios, en ese tiempo final de la salvación esta va a ser renovada. Los profetas anuncian en esos tiempos mesiánicos que los lisiados, los sordos, los mudos, los paráliticos son restablecidos en un mundo totalmente renovado, "los cielos nuevos y la tierra nueva".

Pero el hombre puede deteriorar su imagen de Dios de muchas otras maneras, a través de todas aquellas formas en que su misma condición humana se ve deteriorada: por la falta de amor, por el egoísmo, por el vicio, etc. Esta es la pérdida más importante, la que quita al hombre su mayor grandeza: el poder guardar en el corazón la Palabra de Dios y ponerla en

práctica. En eso consiste la vida. Esto es lo que desfigura al hombre, lo que lo paraliza, lo discapacita más gravemente y es la causa de toda exclusión en el seno de la sociedad.

El hombre del Antiguo Testamento, que considera que las deficiencias tienen su origen en un pecado, va a usarlas como signo de la realidad espiritual de los pecadores: sordos para oír a Dios, ciegos para ver a Dios, paralizados para seguir al Señor. Y así la venida del Mesías va a provocar un corazón nuevo, de carne, no duro, capaz de seguir a Dios. Los milagros de Jesús serán signo de la salvación del pecado.

Pero no hay que quedarse solamente en esta lectura espiritual en las que las deficiencias son consideradas figuras de una realidad espiritual, sino que se debe también considerar la dimensión integral de la persona, lo espiritual y el desarrollo personal y social.

NUEVO TESTAMENTO

Cuando Jesús comienza su actividad se rodea principalmente de todos aquellos que sufren estas clases de limitaciones. Ellos son sus primeros seguidores. Cuando se resume en alguna escena toda la actividad de Jesús, cuando se quiere mostrar a todos de una manera sensible que la época final anunciada por los profetas ya ha llegado, nos encontramos con textos como este: "Jesús vino junto al mar de Galilea, subió al monte y se sentó allí, y se le acercó mucha gente trayendo consigo cojos, lisiados, ciegos, mudos, otros muchos. Los pusieron a sus pies y El los curó. De suerte que la gente quedó maravillada al ver que los mudos hablaban, los lisiados quedaban curados, los cojos caminaban, los ciegos veían y glorificaban al Dios de Israel." Cada una de estas expresiones: los cojos andan, los sordos oyen, los ciegos ven, los mudos hablan... representan distintas partes que encontramos en el libro del profeta Isaías. Con Jesús ha llegado a su cumplimiento las promesas mesiánicas porque él es el mesías (Lc. 5,17-26; 6,6-11).

Juan Bautista, que está en la cárcel, le manda a preguntar a Jesús: "¿Eres Tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?" (Lc. 7,18-23). Él, que esperaba los días del juicio, la condenación de los malvados, ve el proceder de Jesús que se sienta amigablemente con los pecadores; entonces le manda a preguntar y la respuesta de Jesús es una indicación de que todo lo dicho por Isaías se está cumpliendo: "Vayan y respóndanle a Juan el Bautista lo que han visto: los cojos andan, los ciegos ven, los sordos oyen, los mudos hablan. Se anuncia a los pobres la Buena Noticia".

La respuesta de Jesús es precisamente lo que estaba anunciado en el libro de Isaías (35,1-7). La eliminación de la deficiencia en alguna persona es la "señal" de que el Reino está presente. Su reintegración a la sociedad no es por la desaparición de la deficiencia, ya que todos los hombres, incluso quienes tienen una deficiencia, pueden ser parte del nuevo pueblo de Dios. Jesús ha venido a restablecer la armonía con Dios y de los hombres entre sí. Pero no es a base de milagros que hace desaparecer la deficiencia, signo del pecado para aquellos hombres, sino por un cambio en el corazón del hombre que lo lleva a abrirse a todo hombre.

La concepción que ella es fruto de la presencia del pecado en la vida de los hombres, será negada por Jesús. Ella no es un castigo de Dios por el pecado cometido. Ella es algo natural, según se afirma en el relato del ciego de nacimiento.

Entonces no solamente se ve la llegada del Reino en la conversión de los pecadores, sino también en esa restitución de los hombres en el plan inicial de Dios de que el mundo sea para todos, ya que Dios lo preparó como un jardín para todos los hombres. En él todos

aportan para su crecimiento. Dios dejó en sus manos la transmisión de la vida y la construcción del mundo con los bienes que Él mismo puso en las manos del hombre.

Muchas veces la predicación o [presentación](#) catequística se ha quedado con un aspecto: la obra redentora de Cristo consiste en que perdona los pecados del hombre, lo purifica de sus manchas, lo reconcilia con Dios y con las demás personas. El hombre no es solamente imagen de Dios en su aspecto interior, en que obre según la voluntad de Dios, en asemejar su obrar al de Jesús. Él es imagen de Dios en todo su ser, también en su aspecto exterior, y por eso la predilección de Jesús por estos gestos de curar a las personas con deficiencia como un signo de que el Reino de Dios está entre nosotros. Él obra para que toda persona se desarrolle plenamente, en todas sus dimensiones y sea un miembro activo de la comunidad, pero esto no es solamente en referencia al individuo, sino una transformación de la comunidad que será liberada de prejuicios y de todo aquello en sus estructuras que no permiten que cada uno participe en todas sus dimensiones desde sí mismo.

La cuestión de las personas con discapacidad y el anuncio del Reino por parte de Jesús

Cuando Mateo quiere resumir la actividad de Jesús en Galilea, pone las curaciones al lado y al mismo nivel que la predicación: “Jesús, dice, viajó por toda Galilea enseñando en sus sinagogas; predicando el evangelio del Reino y sanando toda enfermedad y dolencia del Pueblo. Su fama se había extendido por toda Siria. Le presentaban enfermos oprimidos por diversas enfermedades y afligidos por dolores: endemoniados, lunáticos, paralíticos; y los sanó a todos” (Mt 4, 23-24).”[\[15\]](#)

“La Redención de Cristo no concierne sólo a la destrucción del pecado, de nuestro desorden hacia el Creador, sino también de los enfermos del cuerpo y de la muerte misma. De hecho, Cristo es el Redentor tanto cuando sana a los enfermos, cuando resucita a los muertos, como cuando derrama su sangre en la Cruz con una muerte que es síntesis de indecibles dolores físicos...”[\[16\]](#)

Jesús, el Mesías, viene a cambiar la situación de las personas con deficiencias que experimentan que eran excluidas de la vida religiosa y social.

En la respuesta de Jesús se expresa el comienzo de la nueva humanidad, donde nadie sea excluido, nadie desvalorizado, sino por el contrario, miembros activos de ella. Si bien lo que se piensa con esa imagen es que desaparece la deficiencia, en verdad se puede mirar desde otra perspectiva: nadie será excluido porque nadie será marginado o despreciado por la deficiencia o por la condición que tenga. Todo hombre es imagen de Dios más allá de la deficiencia que tenga porque la misma no se la quita o disminuye porque ella es parte de la condición humana, algo natural, no es una maldición ni un castigo. Ella no debe ser considerada como algo que le resta dignidad al hombre. Hoy se diría que el hombre puede expresarse, crear, trabajar, amar, creer, etc. desde su propia diversidad, desde su propia manera de ser y de funcionar.

A lo largo del Evangelio hay testimonios de cómo Jesús se vio rodeado por personas con deficiencia y cómo realizó sobre ellas obras maravillosas que cuestionaban las creencias de su época y el lugar donde eran ubicadas. Estas profecías, que respondían a las concepciones del Pueblo de Dios, fueron tomadas para anunciar de manera significativa la obra de Dios a favor de los hombres, el objetivo del Reino de Dios. Ellas respondían al deseo profundo de este pueblo y de los hombres todos: vivir abundantemente. Así el obrar redentor de Dios que, como alfarero, transforma el barro en obra nueva, quiere que cada persona se

experimente buena, plena, bella, digna, única, respetada, amada y amante de Dios, del mundo y de quiénes tiene al lado.

Es interesante ver cómo Jesús pone en el centro de su actuar a estas personas. El Evangelio es testigo de esto y de su obrar sobre ellas y su entorno porque lo que el Señor quiere producir en la persona lo quiere hacer en la comunidad, porque es esta la que discapacita, la que excluye, la que no da oportunidad de ser desde la propia forma de ser.

- **Jesús no vino a traer una explicación sobre la enfermedad o la deficiencia, pero sí aclaró que ellas no son un castigo que envía Dios por un pecado cometido.**

El Evangelista Juan fue testigo del diálogo de los discípulos con Jesús en el que lo consultan sobre la creencia del Pueblo de Israel acerca de la deficiencia como un castigo que proviene de Dios por un pecado cometido: ¿Quién pecó él o sus padres? Y Jesús responde: "Ni él ni sus padres".

De esta manera Jesús tomó firmemente posición sobre la concepción que la cultura y la tradición religiosa que lo rodea tenían acerca del origen de la enfermedad y de ciertas deficiencias.

Para Jesús la enfermedad o la deficiencia no eran un castigo de Dios por los pecados propios, ni de los padres ni de ningún pariente, sino algo natural.

Pedro Laín Entralgo aporta sobre esta perspectiva lo siguiente: "Desde que se inicia la historia del cristianismo -por tanto, desde la predicación del propio Cristo-, es patente la relación entre él y la medicina..."

...desde nuestro particular y exclusivo punto de vista, la historia de la medicina, una cuestión parece de alguna importancia: la clara actitud negativa del Evangelio frente a la general idea arcaica del carácter punitivo de la enfermedad. Todavía en Platón (Fedro 244 a e) es posible percibir la huella de esa mentalidad, no obstante, la resuelta naturalización y racionalización que de la nosología ya habían hecho Alcmeón de Crotona y los hipocráticos.

No fueron ajenos a tal idea (la concepción natural) los israelitas; basta pensar en el libro de Job o considerar la pregunta que los discípulos hicieron a Cristo ante el ciego de nacimiento: «Maestro, ¿quién ha pecado para que este hombre haya nacido ciego, él o sus padres?» (Jo. IX, 1-3). Fieles todavía a la mentalidad arcaica que acabo de mencionar, varios israelitas atribuyen la génesis de una dolencia física al pecado del paciente o de sus padres. En su versión semítica (personalista, moral) perdura en Israel la visión punitiva de la enfermedad humana; ésta sería la sensible y aflictiva consecuencia de un pecado; más aún, una consecuencia hereditariamente transmisible. Pues bien, he aquí la innovadora respuesta de Jesús: «Ni él ni sus padres han pecado; sino que esto (es decir, el encuentro con este hombre ciego) ha sucedido para que las obras de Dios sean en él manifiestas». Jesús, por tanto, deslinda con su respuesta dos cuestiones: la causa de la enfermedad y su sentido. Puesto que la segunda de ellas es puramente religiosa y teológica -la «manifestación de las obras de Dios» como sentido último de la acción milagrosa-, atengámonos exclusivamente a la primera: esa enfermedad no es consecuencia de un pecado. La misma conclusión ofrecería un análisis cuidadoso de las otras dos curaciones taumatúrgicas en que aparece explícitamente el problema de la relación entre el pecado y la enfermedad, la del paralítico de Cafarnaum (Mat. IX, 1-6; Marc. II, 1-12; Luc. V, 17-26) y la del tullido de la piscina probática (Jo. V, 14). La actitud de Cristo frente al problema de las causas reales de la

enfermedad física lleva consigo, en consecuencia, una negación y una inhibición: negación, en cuanto a la existencia de una relación etiológica entre la enfermedad y el pecado; inhibición, frente a la respuesta que acerca de tales causas pueda dar la ciencia de los hombres...”[17]

“...Cualquiera que sea la interpretación que se dé a la segunda parte de la sentencia —ya enteramente extramédica—, es evidente que con la primera Cristo ha roto el hábito tradicional de ver en la enfermedad el castigo de un pecado. No siempre los cristianos han sabido hacer suya esta lección.”[18]

Para Jesús tanto la enfermedad como la deficiencia son dimensión de la condición humana que es limitada, débil. Su estructura creada guarda en sí misma el límite.

Lamentablemente esta enseñanza de Jesús no ha resonado con toda su luz y su fuerza en la comunidad cristiana que siguió transmitiendo que la deficiencia era un castigo de Dios y que la persona con deficiencia debía ser liberada de la misma para no ser alguien de menor valor, un ser humano desvalorizado. Por lo menos así fue quedando en la conciencia de la gente.

El documento de la Academia Pontificia Provida se expresa sobre la discapacidad y la manera como el pensamiento cristiano ha opinado sobre ella: “La pandemia de COVID-19 ha brindado a la humanidad la oportunidad de reflexionar sobre cómo consideramos y tratamos a los más vulnerables de la sociedad. Desde este punto de vista, la discapacidad pone de manifiesto nuestra interdependencia y responsabilidad mutua. Todos estamos hechos a imagen y semejanza de Dios. Todos tenemos la misma dignidad y valor. Un mundo sin fronteras, sin prejuicios contra las personas con discapacidades, en el que nadie tenga que enfrentarse solo a los retos de la supervivencia personal, es un mundo que debemos esforzarnos por construir. Este es el Reino de Dios. Los cristianos están llamados a contribuir a la construcción de ese mundo. Por desgracia, en el pensamiento cristiano, la discapacidad se ha identificado a veces como una consecuencia del pecado original. Sin embargo, la Escritura revela que, desde el principio, la vida humana, en todas sus dimensiones, está marcada por la limitación y la dependencia. Dios creó a la humanidad (adam) "del polvo de la tierra" (adamah). No obstante, "Dios vio todo lo que había hecho y, en efecto, era muy bueno". El Nuevo Testamento muestra a Jesús marcando el comienzo del Reino de Dios vinculándose a las antiguas profecías que proclaman la salvación para los abandonados por la vida. En la sinagoga de Nazaret, tras leer las palabras de Isaías sobre los signos de la salvación, Jesús proclama que con esas palabras comienza su Evangelio. En perfecta sintonía con este comienzo, y con el testimonio proporcionado por las acciones de Jesús, el eschaton, los últimos días, estarán marcados por la presencia de aquellos que han sido considerados como los últimos miembros de la familia humana, a los que Cristo Rey identifica consigo mismo...”

Este planteo podría haberse llevado adelante desde el libro de Job en donde se encuentra la pregunta de por qué sufre el hombre inocente.

Detrás de este cuestionamiento está la concepción del sufrimiento como un castigo de Dios a quien ha pecado. Esto es puesto en crisis, por lo menos se puede decir que no todos los sufrimientos tienen su origen en un pecado. Desde aquí se podría haber llevado a considerar que el sufrimiento como tal no tenía este origen, que no era provocado por causas externas al hombre, sino que era algo natural.

Pero este no fue el razonamiento, sino que se lo mantuvo dentro del esquema punitivo. Se continuó planteando que el sufrimiento del inocente era una prueba de Dios al hombre o una

ocasión de crecimiento para el que sufre. Se lo siguió refiriendo como ofrenda que sirve para el perdón de los pecadores. La ofrenda del siervo sufriente calma el corazón de Dios, carga sobre sí el mal de los otros.

Pero también se podría haber pensado que todo sufrimiento, toda enfermedad, toda deficiencia era algo natural, pero lamentablemente no se trabajó por este lado.

- **Los pobres y las personas con discapacidad. El derecho a la inclusión.**

Al relacionar los anuncios proféticos sobre los pobres con las personas con deficiencia, el mensaje bíblico relaciona a las mismas dentro de la gran corriente de preocupación profética hacia los excluidos.

En el Antiguo Testamento cuando se habla de los pobres, la mirada sobre ellos está dirigida hacia lo que les sucede a los pobres por ser pobres. Jesús hace suya esta manera de mirar (“la Buena Noticia es anunciada a los pobres”, “Felices los pobres porque el Reino de Dios les pertenece”), y asume toda la preocupación profética sobre ellos.

Dentro de la diversidad de palabras que hacen referencia a los pobres en el Antiguo Testamento, está la palabra “anah”. Esta palabra viene del verbo acurrucarse. Tiene su origen en la imagen que entrega la situación de un animal que es atacado por un león: el animal ante el ataque del león se acurruca, se abaja. Nos pasa a nosotros cuando alguien viene a pegarnos, solemos cubrirnos con los brazos, bajamos la cabeza.

Esta imagen y, por lo tanto, la palabra está expresando que el pobre es aquella persona que experimenta la opresión del que tiene poder. El pobre es el oprimido, el abusado por los que son poderosos y que no tiene como defenderse de aquellos.

Son personas excluidas socialmente, solas, separadas del resto porque se los ha expulsado, echado, corrido del conjunto, en razón de su deficiencia, por ser seres no valiosos, rechazados por Dios por el mal que han hecho.

El anuncio de Dios en favor de los pobres es expresado tomando el actuar de los reyes de los pueblos vecinos hacia ellos: el rey tiene que hacer justicia a los pobres. La gloria de estos, su obra, consiste en defender a los pobres de los poderosos que los tratan injustamente. Hacer justicia es defender los derechos de los pobres, que se ven injustamente tratados por otros.

Israel va a decir que Dios es el rey de Israel y que entonces los pobres tienen su esperanza en Él, Él los va a defender, va a hacer justicia sobre ellos. Dios ha prometido hacer justicia y como no tiene a nadie sobre sí para prometer esta tarea, se compromete consigo mismo (Dt.10,18). Él se ha prometido hacer justicia, defender sus derechos. Así aparecen los “anawim”, aquellos pobres que esperan en Dios, que tienen su confianza en Él, porque Él se ha comprometido con ellos. Esta obra en su favor se entenderá como reinar, el reinado de Dios. Y así los reyes en Israel, que son los representantes de Dios, tienen que hacer justicia a favor de los pobres.

Por esto dicho el reino de Dios tiene como objeto la liberación de los pobres para que puedan gozar de sus derechos, de su dignidad. Así lo dirá Jesús en la bienaventuranza: Felices los pobres porque a ellos les pertenece el Reino de los cielos. Dios tiene dirigido su accionar prioritariamente hacia ellos porque suelen ser olvidados, experimentan la opresión de los

poderosos. Esta prioridad no es porque haya en ellos disposiciones espirituales meritorias sino por su condición de exclusión.

Las personas con deficiencias eran excluidas, tratadas con desprecio, sin acceso a los bienes del pueblo, no tenían los mismos derechos que los demás hombres, sino que experimentaban la exclusión, la marginación, el rechazo por parte del entorno que no respetaba su dignidad, su diversidad, sus necesidades. Hacerles justicia era permitirles ser parte del pueblo y gozar de los bienes que este tenía. Así la inclusión es un derecho que estas personas tienen, les corresponde porque han sido convocadas, llamadas, elegidas por Dios para formar su pueblo ya que las creó y Él ha llamado lo que el mundo tiene por vil, por despreciable, por inútil.

La oración de Jesús en la Última Cena expresa justamente lo que Él hizo y propuso a toda la gente de su época y que expresó al dirigirse de manera particular a los que no eran tenidos en cuenta o directamente rechazados y en particular hacia las personas con discapacidad como síntesis de su accionar: “Que todos sean uno; como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno – yo en ellos y tú en mí – para que sean perfectamente uno y el mundo conozca que tú me has enviado, y que yo los amé como tú me amaste” (Jn.17,20-24).

El logro de la comunión, de la unidad perfecta, es el gran signo que Jesús propone a sus discípulos para que el mundo conozca que Él es el enviado del Padre. Esa comunión es la obra maravillosa de Dios, el gran milagro.

“Esta unidad es plenitud que se puede identificar con la paz: que el hombre viva en armonía con Dios, con las personas, con la naturaleza y consigo mismo. Esta unión es algo muy profundo, no es un simple acuerdo externo entre los hombres de no molestarse, de no violencia, sino que es una relación estrecha que tiene como modelo la amistad, donde cada persona está presente en el otro, donde cada integrante de la sociedad cuenta por sí mismo y es respetado en su originalidad y diversidad, donde la comunión entre personas y bienes es la regla para determinar el desarrollo social.

En esta propuesta de sociedad cada individuo encuentra el ámbito donde desarrollar su particularidad, y es convocado a sumarse a un trabajo común en orden a responder al bien de todos.

Es aquí donde se hace presente el respeto a la diversidad de los seres humanos, que es aceptación alegre de la particularidad de cada uno. De esta forma todo hombre puede llegar a experimentar el mundo como su casa, del cual tiene derecho a gozar por ser persona, no porque un estado, individuo o poder le reconozca alguna dignidad o derecho.”^[19]

“Por esto se puede decir que la obra de Jesús es la integración de los hombres entre sí, la eliminación de las barreras existentes entre los hombres, el término de toda exclusión, la comunión de todos. Así lo entiende San Pablo en la carta a los Efesios (2,11-22) que más adelante se verá.

Jesús al hacer suyo el mensaje del Reino de Dios, que es Él mismo, anuncia la intervención de Dios en su favor para que su condición sea transformada, que todos los hombres en su corazón reconozcan su dignidad y se desarrolle una sociedad justa que les permita vivir según sus necesidades e incluirse en la vida social en igualdad de condiciones. Su mensaje y su actuar cuestionan y transforman la situación de opresión, ponen en crisis la estructura vigente que excluye y la justificación de la misma basada en un ideal de hombre que tiene en cuenta a algunos con ciertas características y en una idea religiosa errada.

Así la integración de los hombres pasa a ser el centro de su mensaje: “Que sean uno como el Padre y yo somos uno”.

ü **Jesús vino a liberar a los hombres de todo lo que lo oprime y excluye de la vida.**

Jesús se aplicará a sí mismo la profecía de Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor.” (Lc.4,18-19)

Él vino a liberar el corazón humano que se ha vuelto de piedra por la falta del amor de Dios en él y que no permite que todas las personas en sus diversas situaciones sean recibidas, integradas en su vida. Así es que los hombres miran a los otros desde sí mismos y no desde ellos, juzgan de los demás sin comprender sus vidas, cargan pesadas cargas (concepciones sobre la vida que no son humanas) sobre los otros que los van encorvando no permitiéndoles crecer integralmente y los marginan porque no son valiosos según su concepción de la vida.

Jesús llevó a plenitud los anuncios de los tiempos mesiánicos del profeta Isaías en los cuales las personas con deficiencias iban a recuperar su funcionalidad. De esta manera serían liberadas del prejuicio de ser seres impuros castigados por Dios por sus pecados y vivirían integradas plenamente a su pueblo como piedras vivas del nuevo templo de Dios que es la nueva humanidad.

Lamentablemente los hombres no escucharon la voz de Dios dirigida a través de los profetas. En vez de cambiar su forma negativa de pensar hacia estas personas continuaron despreciándolas y excluyéndolas. Sus prejuicios negativos se impusieron y así prevaleció una cultura que despreciaba a aquellas personas que no cumplían con los ideales que, según ellos, Dios espera encontrar en los hombres para ser parte de su pueblo.

Estos anuncios son la respuesta de Dios hacia sus hijos que gritan esperando la liberación de todo aquello que los oprime.

Él trajo la justicia a este mundo, esa justicia que es la acción de Dios en favor de los derechos de los que son avasallados, doblegados por el peso de los que se creen más importantes. Esa justicia implica su integración social, su inclusión a todos los ámbitos de la vida como participantes activos. En sus gestos y palabras se produjo un cambio fundamental acerca de la visión de estas personas, que no fue tenida en cuenta en toda su dimensión en la iglesia y en aquellos lugares donde ella se hizo presente.

Jesús es quien superó toda violencia, toda opresión, perdonando a los que lo mataban y tendiendo su mano a los hombres que al borde del camino le pedían su ayuda. Él ofrecía su mano para que los hombres se pusieran de pie o cargaran la camilla. Él es el buen samaritano que se bajó de su caballo para levantar al hombre caído en el camino por haber sido robado por los ladrones (Lc.10,29-37)

Ante las personas con deficiencia Jesús no centró su atención en esta última, sino que consideró lo que les sucedía en su vida personal, en su relación con Dios y con su entorno. Él vino para que las personas pudieran vivir plenamente.

Para él la deficiencia no era un problema donde se agotaba el individuo, para él la belleza y el valor de la persona no eran desfigurados o tapados por aquella.

Jesús reconoció su valor, su dignidad. La pregunta que dirigió al ciego de Jericó (Lc.18,35-43): “¿Qué quieres que haga por ti?”, mostró la consideración que tenía sobre este hombre.

Le dijo: “vos sabés lo que necesitás, vos me podés decir a mí lo que te sucede, vos sos protagonista de de tu vida” ¡Qué actitud distinta de los que le mandaron callarse! ¡Qué diferente a los dirigentes judíos que le dicen que al ciego de nacimiento cuando éste da respuestas sobre el que le ha hecho ver: “Vos que naciste lleno de pecado nos vas a enseñar a nosotros!” (Jn.9) ¿Quién sos vos para enseñarnos a nosotros? ¿Qué podés saber vos?

Jesús realiza una de las dimensiones de la obra del Reino de Dios: que nadie sea separado, que todos los hombres experimenten que son parte del pueblo de Dios, que sepan que su Espíritu está en todos.

Él cura para expresar que hay que superar todo obstáculo que se opone a la inclusión, que en aquel tiempo se consideraba que era la deficiencia y la enfermedad por la concepción que se tenía sobre ellas. Pero en realidad lo que excluía a estas personas era el prejuicio existente hacia ellas: pecadores castigados por Dios que eran un riesgo para la comunidad. No hay que quedarse en la desaparición de la deficiencia o de la enfermedad, lo que hay que mirar en este actuar de Jesús es lo que se consigue: que vivan integrados, que sean ser parte activa del pueblo de Dios, que vivan en comunión. Estas acciones son signos de su obra, no curó a todos, pero sí los recibió a todos. Para Jesús no hay motivo para que alguien sea excluido.

Para Él lo que origina la exclusión no es la deficiencia, sin los prejuicios sobre ella, la concepción errada cargada de consideraciones negativas.

Su accionar sobre estas personas quiere provocar un cambio de su situación y para esto cuestionó las creencias de su época tocando al leproso (Mc.1,41), reuniéndose con mujeres (Jn.4,27), teniendo discípulas entre sus seguidores (Lc.8,1-3; 10,38-42), comiendo con pecadores (Mc.2,13-17), criticando las estructuras de su tiempo consideradas como parte del mensaje divino aunque eran construcción humana (el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado, Mc.2,27).

- **Las intervenciones de Jesús ante las situaciones que viven diversas personas con discapacidad se oponen a toda exclusión por el motivo que sea, incluso religioso, y promueven la inclusión.**
- No hace distinción de personas

Jesús se encontraba con personas que eran rechazadas en Israel y en cualquier pueblo (ladrones, borrachos, etc.), con los excluidos por la enfermedad o la deficiencia o debilidad (ciegos, sordos, leprosos, paralíticos, endemoniados, lisiados, poseídos, niños, pecadores, pobres, mujeres, etc.) y con quienes ocupaban algún lugar socialmente reconocido (fariseos, escribas, sacerdotes, jefes de sinagoga, soldados, etc.). Esto lo reconocen los fariseos: “Maestro, sabemos que eres sincero y no tienes en cuenta la condición de las personas, porque no te fijas en la categoría de nadie, sino que enseñas con toda fidelidad el camino de Dios” (Mc.12,14).

- Dirige su mensaje a todo hombre según su posibilidad

A los discípulos les llamó la atención que Jesús dirigía su palabra a todos los hombres. Se adaptaba a sus requerimientos, a sus posibilidades. Nadie quedaba fuera de su trato y de

su anuncio, para esto se adecuaba a cada uno: "Les anunciaba la Palabra, en la medida en que ellos podían comprender." (Mc.4,33).

- Apoya, acompaña, pero no sobreprotege

"Cuando Jesús regresó en la barca a la otra orilla, una gran multitud se reunió a su alrededor, y él se quedó junto al mar. Entonces llegó un de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y al verlo, se arrojó a sus pies, rogándole con insistencia: 'Mi hijita se está muriendo; ven a imponerle las manos, para que se cure y viva'. Jesús fue con él y lo seguía una gran multitud que lo apretaba por todos lados...

Todavía estaba hablando cuando llegaron unas personas de la casa del jefe de la sinagoga y le dijeron: 'Tu hija ya murió; ¿para qué vas a seguir molestando al Maestro?'. Pero Jesús, sin tener en cuenta esas palabras, dijo al jefe de la sinagoga: 'No temas, basta que creas'. Y sin permitir que nadie lo acompañara, excepto Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago, fue a casa del jefe de la sinagoga. Allí vio un gran alboroto, y gente que lloraba y gritaba. Al entrar, les dijo: 'Por qué se alborotan y lloran? La niña no está muerta, sino que duerme'. Y se burlaban de él. Pero Jesús hizo salir a todos, y tomando consigo al padre y a la madre de la niña, y a los que venían con él, entró donde ella estaba. La tomó de la mano y le dijo: 'Talitá kum', que significa: '¡Niña, yo te lo ordeno, levántate!'. En seguida la niña, que ya tenía doce años, se levantó y comenzó a caminar. Ellos, entonces, se llenaron de asombro, y él les mandó insistentemente que nadie se enterara de lo sucedido. Después dijo que le dieran de comer." (Mc. 5,21-43)

Para Jairo su hija era una niña, una hijita, cuando en realidad era una doncella, alguien que ya podía casarse y hacer una vida independiente. El entorno la miraba como alguien débil y no como quien podía enfrentar su futuro por sí misma. Jesús la llamó como quién era "una doncella" y la invitó a ponerse de pie, a levantarse y le dijo a su familia que la apoye para vivir su vida.

Ella es imagen de una comunidad que es desvalorizada por sus dirigentes. Los jefes de la sinagoga infantilizan a sus miembros en su trato con Dios y en la conformación de la misma. Esa relación sobreprotectora está representada en la relación entre el padre y su hija.

Esta es una comunidad sobreprotectora ("Hijita"), que hace crecer la dependencia a su alrededor y por tanto quita vida, no deja crecer. La hija, que es una "joven", no tiene futuro propio, no alcanza iniciativa propia. Ella está quieta, como si estuviera muerta, pero Jesús dice que está dormida. Para Él hay que despertarla, ponerla de pie para que camine y pueda hacer lo que sabe, lo que quiere, lo que puede. Hay que abrirla al futuro.

En el padre, que era uno de los jefes de la sinagoga, está representada la jerarquía que infantiliza, que se coloca entre Dios y los hombres, que cree entender a Dios y cómo responderle y que menosprecia a la gente por no considerarla capaz.

¡Cuántas estructuras que dejan a las personas como niñas, infantiles, sin decisión propia, teniendo que depender de la decisión de otros antes de hacer algo!

En comunidades con este esquema de trato hay dominio de unos sobre otros. Allí están los que se creen superiores y que son ellos que saben por dónde está el camino de la vida. Ellos dirigen, indican, enseñan con autoridad absoluta. Sólo ellos y nada más que ellos tienen la razón, por lo tanto, todos tienen que permanecer bajo su cuidado. No generan

participación, no liberan, no emancipan, no dejan a los demás hacer su propia experiencia con los riesgos que esto implica, no generan corresponsabilidad.

Las personas con deficiencias suelen experimentar la sobreprotección por parte de su entorno. Esta actitud las paraliza en su situación, las ahoga, les impide ser ellas mismas y tomar sus decisiones.

Hay que dar lugar a que las personas con discapacidad enfrenten la lucha por la vida dentro de sus posibilidades y para esto hay que poner a su disposición recursos necesarios y adecuados como para el resto de la población.

No hay inclusión si no se ofrece a las personas con discapacidad posibilidades de desarrollarse plenamente, si se las infantiliza, si no se les permite realizar su vida con total independencia, si no se les da la oportunidad de equivocarse, de superar por sí mismas sus limitaciones y de construir su espacio. Equivocarse y empezar otra vez es parte de la vida humana. A veces se les quiere organizar la vida entera y que nada le falte, cuando generalmente en la vida de la mayoría de las personas no está todo solucionado.

La sobreprotección no es inclusión. En esta situación la persona vive solamente dentro de los parámetros y perímetros que los demás establecen.

El joven es de por sí alguien que busca hacer su vida, romper con aquello que hasta ahora lo ha contenido para encontrar su propia identidad. Para esto enfrenta riesgos y nuevas situaciones con sus propias energías y posibilidades, incluso equivocándose, pero sólo así logra crecer. Ya no es un niño que debe ser cuidado continuamente ni tampoco debe ser justificado por su falta de desarrollo o por su deficiencia como sucede con las personas con discapacidad.

Hay inclusión cuando los diversos sujetos son considerados miembros activos, cuando son tenidos como “protagonistas” de su proceso de crecimiento y de desarrollo, cuando participan en los distintos ámbitos de la comunidad, y se incluyen progresivamente de manera cada vez más compleja y competente.

Hace a la dignidad del individuo ser tenido en cuenta, ser consultado, ser invitado a tomar parte, a dar de sí y a trabajar con otros. De este modo se crece en la valoración de cada uno y puede haber posibilidad de intercambio.

En una verdadera inclusión la persona con discapacidad no debe ser tratada como alguien especial ni debe ser tenida como alguien que no puede por sí misma.

La sociedad es el ámbito donde las personas, sea cual sea su condición, hacen la propia experiencia de vida que les permite descubrir su valor original, así como desarrollar actitudes de adaptación a las diferentes personas y situaciones, a aprender a enfrentar las dificultades y encontrar canales favorables de expresión y de realización de aquellas “cosas” que son de su agrado.

Dios ofrece transitar el camino de la vida, del que no se sabe cómo será su recorrido, pero cualquiera fuera debe ser fruto del juego de la libertad humana, del desarrollo de las diversas dimensiones de la persona, del lugar que los “hijos” de Dios, que son libres, decidan ocupar dentro de las oportunidades que los hombres tienen y no del que otros les impongan.

La comunidad cristiana, compuesta por los discípulos de Aquel que vino a liberar al hombre de toda opresión, debería hacer sentir a toda persona que puede por sí mismo junto a los demás y que no tenga miedo de las dificultades e incertidumbres.

- Dios se revela a los “cortos de mente”, a los que nadie espera que se dirija

“En esa oportunidad, Jesús dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido. Todo me ha sido dado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, así como nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.” (Mt.11,25-27).

Para entender esta expresión de Jesús hay que ubicarse en el contexto de la comunidad judía de aquel tiempo que esperaba que Dios se manifestara a los sabios e inteligentes, a los doctores de la Ley. Estos hombres se consideraban elegidos por Dios para recibir su mensaje y así también lo creía la gente, pero Jesús plantea otra cosa. Dios se dirige a quien quiere, Dios abre su misterio a quien él considera, nadie puede decirle a quien tiene que hablarle.

Los pequeños en este texto no son los niños, sino los ‘cortos de mente’ en contraposición a los sabios e inteligentes. La palabra ‘pequeño’ viene de una raíz que significa ‘los que son fáciles de engañar’, o sea personas que presentan dificultad en el entendimiento.

Con esta comparación Jesús anuncia cómo Dios no deja a nadie afuera de su revelación, de correr el velo de su misterio, de ofrecerles su amistad. A todos tiene en cuenta y a todos se adapta para que todos lo reciban.

Este texto expresa cómo Dios se dirige de modo particular a aquellos que los demás consideran que no lo pueden comprender por sus deficiencias intelectuales.

Jesús llamaba la atención sobre el misterio que cualquier persona tiene en sí misma y sobre el mensaje que toda persona posee por más limitada que sea en su comprensión.

Para comprender aún más lo que se quiere anunciar en este relato viene bien la siguiente consideración sobre diversos personajes a quienes se dirige Jesús: “Un trazo común permite relacionar los privilegiados de los cuales hablan tres relatos: tanto los “paidía” de Mc.10,14 y 10,15 como los “népioi” de Mt.11,25 aparecen a los contemporáneos de Jesús como seres de los cuales se hace poco caso. Para contar en los medios religiosos judíos es necesario poseer la instrucción sin la cual la observancia de la Ley es impensable. En la religión de la Ley, todos los privilegios son para los doctos, los sabios, los inteligentes: para ellos son las eventuales revelaciones divinas, porque su ciencia los ha preparado para recibirlas y los ha vuelto dignos de ellas; para ellos también, al menos antes que todo otro, son las promesas del Reino. Jesús toma el contrapié de esta manera de ver. Es a los simples y a los ignorantes que Dios da ahora la revelación de sus secretos; es a los pequeños niños y a aquellos que se les parecen a quienes Él quiere reservar los beneficios de su Reino. Es necesario dar a esta enseñanza su carácter paradójal, sin interpretarla a partir de una concepción idealizada de la infancia o de una observación más atenta a la psicología infantil, sin transformar la simpleza de los népioi en noble simpleza de corazón. Los privilegiados a los ojos de Dios son gente que no cuenta a los ojos de los hombres.”[20]

Se sabe por la primera bienaventuranza que el Reino de Dios pertenece a los pobres; se aprende ahora que él pertenece también a los pequeños niños y que es necesario ser semejantes a ellos para entrar en él. Al costado de los pequeños niños, se puede colocar de una manera cierta a estos otros privilegiados que reciben la revelación de los misterios de Dios: los ‘simples’. Hay un punto común entre estas categorías: ellas son hechas de gente que, en diferentes puntos de vista, constituyen la parte inferior de la sociedad.

También se puede pensar que Dios enriquece al más pobre, al más rechazado, para que sea tenido en cuenta. Pero si se acepta esto, de que Dios da a esta persona un plus que no está en él para que sea mirado, se estaría aceptando que no es bello por sí mismo, que hay que agregarle algo para que se lo tenga en cuenta. Personalmente me parece que esto no está de acuerdo con el proceder del Padre que tiene en cuenta a cada uno de sus hijos por ser tal.

Para la mirada del mundo dichas personas son incapaces, no dignas de ser tenidas en cuenta. Pero esto es así porque no saben ver como Dios ve. Él no se queda en las apariencias, en lo exterior, sino que mira el corazón, lo profundo que hay en cada individuo.

Hay en este obrar de Dios un cuestionamiento hacia una manera de pensar sobre Él que lo ata a nuestros criterios: si Él revela debe ser a quienes pueden comprenderlo para que después lo transmitan a los demás. Pero si Él quiere comunicarse simplemente por el gusto de hacerlo y que eso quede aparentemente encerrado en alguien, ¿por qué no lo puede hacer si es su secreto y lo revela a quien Él desea hacerlo? O quizás quiere darlo a todos los hombres, pero a través de estas personas para que lo anuncien como lo han recibido y con sus posibilidades, y por nuestros prejuicios dicho misterio revelado queda encerrado en aquellos que no son tenidos en cuenta. Y así también se cuestiona nuestra manera de pensar acerca del hombre, de su grandeza, de su belleza, de su real capacidad.

Es interesante este modo de proceder de Dios, Él no tiene problema en confiarle a estas personas su misterio. Seguramente los hombres celosos de que ese mensaje sea transmitido sin errores no hubieran confiado en estos pequeños.

Hay que estar atentos a todo ser humano porque cada individuo guarda un misterio, una experiencia única: la de su propia vida que hay saber mirar y contemplar y todo aquello que el buen Dios quiere manifestar a través de él.

Pero en esta elección de Dios hay también un llamado de atención a los hombres que se creen más capaces, que se consideran inteligentes, que se experimentan con respuestas para todo, que miran con lastima a quienes son 'tontos', 'cortos de mente', 'bobos' o como dicen algunos: 'deficientes mentales'. ¡Cuánto desprecio hay en ciertas palabras y cuánta soberbia que impide ver la belleza que hay en todo ser humano que quiere encontrar las mejores palabras o gestos para dar a entender lo que guarda en su corazón, la luz de vida que hay en sus ojos!

Nuestra sociedad juzga a las personas por su capacidad de pensar, de comprender, de razonar. Ella tiene en su centro la inteligencia. Si bien es cierto que ha dado pasos para valorar otras dimensiones humanas, aún continúa organizando todo desde el cerebro.

Este relato al tomar con toda crudeza la palabra 'pequeño', cortos de mentes, en contraposición a los inteligentes, los doctores de la ley, sutiles razonadores, sin especificar que en ellos haya alguna capacidad para esto, resalta la total gratuidad de la revelación y al Dios que se adecua a toda persona porque quiere dirigirse a todos y desea vivir en comunión con todo hombre.

- Promueve la participación activa en la comunidad

“Jesús entró nuevamente en una sinagoga, y había allí un hombre que tenía una mano paralizada. Los fariseos observaban atentamente a Jesús para ver si lo curaba en sábado, con el fin de acusarlo. Jesús dijo al hombre de la mano paralizada: ‘Ven y colócate aquí

delante'. Y les dijo: '¿Está permitido en sábado hacer el bien o el mal, salvar una vida o perderla?' Pero ellos callaron. Entonces, dirigiendo sobre ellos una mirada llena de indignación y apenado por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: 'Extiende tu mano'. Él la extendió y su mano quedó curada. Los fariseos salieron y se confabularon con los herodianos para buscar la forma de acabar con él." (Mc. 3,1-7)

Aprovecha Jesús la presencia en la sinagoga de un hombre con una mano paralizada (Mc.3,1-6), para llamar la atención a los jefes sobre su manera de ser con la comunidad.

La mano era signo de la actividad, al tenerla paralizada este hombre pasa a ser imagen de las personas pasivas, no protagonistas, incapaces para algunos. Los dirigentes así consideraban a los miembros de la comunidad en su trato con Dios. Ellos se creen los únicos capaces de tratar con Dios, de comprenderlo.

Pero para Jesús nadie es incapaz para tratar con Dios. Para él las personas con deficiencias no son inútiles, sino por el contrario, ellas son tenidas en cuenta por Dios como todas las personas y deben ser protagonistas de la comunidad desde su propia capacidad.

Que esta persona haya extendido su mano quiere indicar que a toda persona se le debe dar la oportunidad de participar desde sí, debe ser considerada. No alcanza con su sola presencia, sino que se le debe reconocer como protagonista activa de la comunidad.

La persona con discapacidad es capaz de hacer por sí misma. Ella no es necesariamente alguien pasivo por su limitación, sino fundamentalmente por el entorno que no valora su actividad.

Así Jesús rompió con las concepciones creadas por los hombres que para darles sustento dijeron que tenían origen divino. Les planteó que seguían sus creencias humanas y no la Palabra de Dios y que no había nada que estuviera sobre la vida humana. El sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado.

Para Jesús ningún poder ni nadie tiene autoridad para decir quién es más importante para la sociedad y qué lugar tiene que ocupar en ella. Cuando esto sucede es porque alguien se pone sobre los demás, se considera más importante o mejor. Su propuesta es que todo hombre debe ser tenido en cuenta, valorado, invitado a ser parte de la sociedad.

Jesús crítica a los dirigentes de una comunidad judía por paralizar a la gente en su trato con Dios, por quitarles toda iniciativa, toda creatividad. Jesús parte del prejuicio sobre las personas con discapacidad que eran consideradas pasivas, incapaces de hacer por sí mismas. Al hacer extender la mano de este hombre, Jesús muestra que son capaces de hacer por sí mismas, aunque no desaparezca su deficiencia.

Las estructuras humanas tienen que liberarse de todo prejuicio que impida el desarrollo humano y su participación como uno más. Ellas están al servicio de la vida del hombre, de su crecimiento y no para su paralización porque todo lo que impide crecer quita vida.

Jesús ha venido a dar a los hombres libertad ante Dios y capacidad para hacer un mundo como lugar para todos.

No hay inclusión social cuando se desvaloriza a alguien, cuando no se espera nada de él, cuando no se le brindan posibilidades de participación, cuando se lo tiene a un costado, cuando no se cree en él.

- Jesús valora la experiencia personal de cada persona. El servicio de Jesús pone de pie, no somete.

“Al pasar, vio a un hombre ciego de nacimiento. Sus discípulos le preguntaron: ‘Maestro, ¿quién ha pecado, él o sus padres, para que haya nacido ciego?’. ‘Ni él ni sus padres han pecado, respondió Jesús; nació así para que se manifiesten en él las obras de Dios.

Debemos trabajar en las obras de aquel que me envió, mientras es de día; llega la noche, cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo’.

Después que dijo esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva y lo puso sobre los ojos del ciego, diciéndole: ‘Ve a lavarte a la piscina de Siloé’, que significa ‘Enviado’. El ciego fue, se lavó y, al regresar, ya veía. Los vecinos y los que antes lo habían visto mendigar, le preguntaban: ‘¿No es este el que se sentaba a pedir limosna?’. Unos opinaban: ‘Es el mismo’. ‘No, respondían otros, es uno que se le parece.’. El decía: ‘Soy realmente yo’. Ellos le dijeron: ‘¿Cómo se te han abierto los ojos’. Él respondió: ‘Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, lo puso sobre mis ojos y me dijo: ‘Ve a lavarte a Siloé’. Yo fui me lavé y vi’. Ellos le preguntaron: ‘¿Dónde está?’. El respondió: ‘No lo sé’.

El que había sido ciego fue llevado ante los fariseos. Era sábado cuando Jesús hizo barro y le abrió los ojos. Los fariseos, a su vez, le preguntaron cómo había llegado a ver. Él les respondió: ‘Me puso barro sobre los ojos, me lavé y veo’. Algunos fariseos decían: ‘Ese hombre no viene de Dios, porque no observa el sábado’. Otros replicaban: ‘¿Cómo un pecador puede hacer semejantes signos?’. Y se produjo una división entre ellos.

Entonces dijeron nuevamente al ciego: ‘Y tú, ¿qué dices del que te abrió los ojos?’. El hombre respondió: ‘Es un profeta’. Sin embargo, los judíos no querían creer que se hombre había sido ciego y que había llegado a ver, hasta que llamaron a sus padres y les preguntaron: ‘¿Es este el hijo de ustedes, el que dicen que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?’. Sus padres respondieron: ‘Sabemos que es nuestro hijo y que nació ciego, pero cómo es que ahora ve y quién le abrió los ojos, no lo sabemos. Pregúntenle a él: tiene edad para responder por su cuenta’. Sus padres dijeron esto por temor a los judíos, que ya se habían puesto de acuerdo para excluir de la sinagoga al que reconociera a Jesús como Mesías. Por esta razón dijeron: ‘Tiene bastante edad, pregúntenle a él’.

Los judíos llamaron por segunda vez al que había sido ciego y le dijeron: ‘Glorifica a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador’. ‘Yo no sé si es un pecador, respondió; lo que sé es que antes yo era ciego y ahora veo’. Ellos le preguntaron: ‘¿Qué te ha hecho? ¿Cómo te abrió los ojos?’. Él les respondió: ‘Ya se lo dije y ustedes no me han escuchado. ¿Por qué quieren oírlo de nuevo? ¿También ustedes quieren hacerse discípulos suyos?’. Ellos lo injuriaron y le dijeron: ‘¡Tú serás discípulo de ese hombre; nosotros somos discípulos de Moisés! Sabemos que Dios habló a Moisés, pero no sabemos de dónde es este’. El hombre les respondió: ‘Esto es lo asombroso: que ustedes no sepan de dónde es, a pesar de que me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, pero sí al que lo honra y cumple su voluntad. Nunca se oyó decir que alguien haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si este hombre no viniera de Dios, no podría hacer nada’. Ellos le respondieron: ‘Tú naciste lleno de pecado, y ¿quieres darnos lecciones?’. Y lo echaron.

Jesús se enteró de que lo habían echado y, al encontrarlo, le preguntó: ‘¿Crees en el Hijo del hombre?’. El respondió: ‘¿Quién es, Señor, para que crea en él?’. Jesús le dijo: ‘Tú lo has visto: es el que te está hablando’. Entonces él exclamó: ‘Creo, Señor’, y se postró ante él. Después Jesús agregó: ‘He venido a este mundo para un juicio: Para que vean los que no ven y queden ciegos los que ven’.

Los fariseos que estaban con él oyeron esto y le dijeron: ‘¿Acaso también nosotros somos ciegos?’. Jesús les respondió: ‘Si ustedes fueran ciegos, no tendrían pecado, pero como dicen: ‘Vemos’, su pecado permanece.’.” (Jn. 9,1-41).

“La figura del ciego muestra a un individuo nacido y criado en un círculo donde la autoridad del sistema ha sido máxima y del que no ha salido nunca. Él ha conocido solamente “tiniebla”, pero no por su culpa ni por su educación familiar, sino por un ambiente de opresión que viene de generaciones. Él representa a grupos dentro de Israel que nunca han tenido la posibilidad de conocer algo distinto de lo que han encontrado en su entorno social.”[21]

La educación y la relación con otros suele llevar a que cada persona arme su propia visión del mundo, su regla de valores, y desear para sí un lugar en la sociedad, pero en este caso quienes se le han acercado les han mostrado solamente aquello que les ha permitido [C14] tenerlas bajo su poder. Se les ha hecho creer que su situación es buena, que su estado de dependencia es correcto, que es lo más conveniente para ellos. Incluso se les ha dado una razón religiosa de su situación: el pecado cometido que ha merecido el castigo de Dios. El ciego de nacimiento representa a quienes no han conocido sino a través de otros, que no han tenido percepción directa de la realidad, sino que otros se la han ido contando y ellos tienen autoridad indiscutible.

Los dirigentes de esta comunidad no permitieron tener un pensar propio, cosa que sí va a lograr el ex-ciego a partir de la experiencia con Jesús y el intercambio con los dirigentes que lo cuestionan y que no va a ser aceptado por los mismos: “¿tú quieres enseñarnos a nosotros?” ¿Vos que naciste en las tinieblas, en el pecado, en la ‘mierda’ nos vas a enseñar a nosotros? Ellos están en la luz, ellos son los que ven, ellos son los que pueden enseñar. Ellos niegan lo que él expresa de sí y de los demás.

Estos hombres no han hecho nada para sacarlo de su situación, sino que se han aprovechado de su deficiencia, de sus límites, para dominarlo y dejarlo en su situación. No le han ayudado a desarrollarse y a conocer sus capacidades para procurarse los medios para desarrollarse integralmente. Ellos no le han abierto el mundo, no le han mostrado lo que significa ser hombre ni su dignidad, simplemente lo han mantenido en la oscuridad. Ellos no le han indicado el camino de la liberación, de la propia experiencia de Dios y de la vida plena. Lo han sostenido en una situación infrahumana, de mendicidad; no lo han promovido para que pueda arreglarse por sí mismo. Ahora estos fariseos están preocupados de que este hombre vea por sí mismo, que cuestione la situación de poder que lo oprime y ya dejan de ser referencia para todos: “Esto es lo asombroso: que ustedes no sepan de dónde es, a pesar de que me ha abierto los ojos.”

Ellos son consultados cuando sucede algo. Nada pasa en la comunidad sin su supervisión. Su autoridad se hace sentir, “se habían puesto de acuerdo de expulsar a quien reconociese a Jesús como Mesías”.

El camino de liberación de su situación de sometimiento comienza con el actuar de Jesús sobre él. Se le ha dado la oportunidad de ver por sí mismo, hacer su propia experiencia sin depender de otros. No necesita de nadie para comprender que su vivencia vale por sí misma.

Ha logrado firmeza para contar su experiencia y lo que juzga sobre ella, para enfrentar a quienes le quieren imponer su saber. Ante esto los dirigentes se enojan con él y reaccionan molestos expresando la valoración negativa que tenían sobre él: “Tú naciste lleno de pecado, y quieres darnos lecciones”.

Los que en teoría se mostraban interesados por el bien de esta persona, muestran que no lo valoran. Para ellos es “mierda”, “bosta”. Desde aquí se comprende porque no se habían preocupado positivamente de él.

Con estas actitudes quedó claro que no habían hecho nada anteriormente para que lograra una independencia de pensamiento y de vida, ya que ellos son los que saben y él es incapaz para pensar por sí y para desarrollar una vida propia. A este hombre lo han mantenido dependiente de ellos, no lo ayudaron a crecer integralmente, lo mantuvieron sometido.

Jesús, luz del mundo, viene a que las personas vean por sí mismas. Él viene a traer luz a las tinieblas, a dónde hay oscuridad, a donde no hay vida. Viene a romper toda dependencia agobiante, a liberar, a que las personas puedan hacer su propia experiencia, a que puedan conocer por sí mismas, puedan tener su propia opinión, puedan juzgar por sí mismas acerca de lo bueno y de lo malo, puedan cuestionar, puedan valorarse a sí mismos.

Para Él no hay inclusión allí donde las personas son ignorantes porque se les ha mentido o no se les ha dado la posibilidad de desarrollar su propia capacidad para conocer la verdad sobre Dios y el hombre. Quienes se guardan el conocimiento y no posibilitan que las personas crezcan, oprimen. Jesús ha venido a liberar revelando la verdad del Padre y dando el Espíritu que lleva a la plenitud de la verdad, para que cada hombre pueda ver por sí mismo, pueda distinguir, pueda pensar, pueda cuestionar y anuncie la Palabra que libera y da vida.

Las personas con discapacidad, en especial aquellas que tienen mayores dificultades para comprender y valerse por sí mismas, corren el peligro de depender excesivamente de otros, de aceptar como cierto aquello que su entorno le dice o le propone. Es muy importante que todos los que tienen relación con estas personas o les prestan servicios, les ayuden a desarrollarse lo más posible para juzgar por sí mismas acerca de lo bueno y lo malo, para poder decidir por sí mismas, para arreglarse dentro de sus posibilidades y lograr la mayor independencia posible. Sin esto no hay inclusión.

No se debe entender el milagro de Jesús como que hay que hacer desaparecer la deficiencia para que la persona pueda desarrollar su propia experiencia, su pensamiento, su capacidad de decisión, para vivir incluido y ser miembro activo de la sociedad. La oportunidad que Jesús ha provocado se podría haber logrado, aunque la persona continuara con su ceguera, pero el contexto casi que exigía esta obra maravillosa. Toda persona puede llegar a su propio juicio si el ambiente no le restringe su desarrollo. Es justamente el ambiente que no cree en ella o que la quiere anular, el que discapacita, quien le impide la propia actividad por sí mismo y desde sí mismo.

- Respetar la diversidad de cada individuo

“Llegaron a la otra orilla del mar, a la región de los gerasenos. Apenas Jesús desembarcó, le salió al encuentro desde el cementerio un hombre poseído por un espíritu impuro. El habitaba en los sepulcros, y nadie podía sujetarlo, ni siquiera con cadenas. Muchas veces lo habían atado con grillos y cadenas, pero él había roto las cadenas y destrozado los grillos, y nadie podía dominarlo. Día y noche, vagaba entre los sepulcros y por la montaña, dando alaridos e hiriéndose con piedras.

Al ver de lejos a Jesús, vino corriendo a postrarse ante él, gritando con fuerza: «¿Qué quieres de mí, Jesús, Hijo de Dios, el Altísimo? ¡Te conjuro por Dios, no me atormentes!».

Porque Jesús le había dicho: «¡Sal de este hombre, espíritu impuro!» . Después le preguntó: «¿Cuál es tu nombre?». El respondió: «Mi nombre es Legión, porque somos muchos». Y le rogaba con insistencia que no lo expulsara de aquella región.

Había allí una gran piara de cerdos que estaba paciendo en la montaña. Los espíritus impuros suplicaron a Jesús: «Envíanos a los cerdos, para que entremos en ellos». Él se lo permitió. Entonces los espíritus impuros salieron de aquel hombre, entraron en los cerdos, y desde lo alto del acantilado, toda la piara –unos dos mil animales– se precipitó al mar y se ahogó.

Los cuidadores huyeron y difundieron la noticia en la ciudad y en los poblados. La gente fue a ver qué había sucedido. Cuando llegaron a donde estaba Jesús, vieron sentado, vestido y en su sano juicio, al que había estado poseído por aquella Legión, y se llenaron de temor. Los testigos del hecho les contaron lo que había sucedido con el endemoniado y con los cerdos. Entonces empezaron a pedir a Jesús que se alejara de su territorio.

En el momento de embarcarse, el hombre que había estado endemoniado le pidió que lo dejara quedarse con él. Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: «Vete a tu casa con tu familia, y anúnciales todo lo que el Señor hizo contigo al compadecerse de ti». El hombre se fue y comenzó a proclamar por la región de la Decápolis lo que Jesús había hecho por él, y todos quedaban admirados.” (Mc.5,1-20)

Este relato muestra una comunidad donde está presente la exclusión de aquel que es considerado diferente y que desde su forma de ser cuestiona la organización y los valores presentes en ella.

Este hombre no encuentra receptividad en su comunidad. Él no es acogido, por el contrario, experimenta violencia sobre sí. Su entorno lo encadenó varias veces.

Quisieron dominarlo, ponerlo bajo sus leyes, pero no lo lograron, él rompió las cadenas.

Para permanecer en esa comunidad hay que aceptar los valores impuestos, aunque las exigencias no respeten la identidad personal. Este hombre ha reaccionado ante la situación de dominio impuesta (cadenas y grillos) rompiéndolas, pero ha terminado aislado, fuera de la comunidad (sepulcros, montañas).

El espíritu impuro y violento que habita en este hombre, en realidad es el espíritu violento que reina en la comunidad. Él destruye a las personas, les quita identidad (este hombre no sabe cuál es su nombre, simplemente dice que es un montón de fuerzas que luchan en su interior y ninguna llega a vencer) y provoca reacciones violentas en quienes sufren su accionar.

El que no acepta ser dominado, oprimido o subyugado es expulsado. A los demás miembros se les dice que este hombre es un riesgo para ellos, para la armonía de la comunidad. De esta manera se justifica la exclusión del que cuestiona. Lo que le sucedió a este hombre, le sucederá a Jesús cuando cuestione el valor que organiza a este grupo (lo económico, representado en la piara de cerdos).

Pero el relato deja claro que aquel que es mostrado como violento busca relacionarse con otros. Ha salido al encuentro de Jesús que ha visto en la costa.

Jesús lo recibe, le pregunta por su nombre buscando entrar en comunión con él. Gracias a ese encuentro él será liberado de la violencia que ha sido sembrada por esa sociedad en él.

Jesús, de esta manera le ha reconocido su identidad. Él mira a la persona sobre toda otra situación que pueda vivir y con todas trata de establecer una relación. Su manera de

relacionarse provoca en este hombre una transformación. Ahora ya no vaga, sino que está sentado, en su sano juicio y vestido.

Jesús tiene un buen espíritu que transmite reconocimiento, paz, seguridad, calma, libertad a quien se acerca a él. Él no impone, no domina, sino que recibe y propone. Esto se ve no sólo en este relato sino en los diferentes encuentros que Jesús establece con la gente y en lo que provoca en las multitudes.

La escena final muestra que este hombre quiso irse con Jesús. Seguramente se ha sentido aceptado por Jesús, no experimentó ningún riesgo con él. Pero Jesús no aceptó esta propuesta, sino que lo invitó a volver a su familia, a su ciudad y allí ser testigo de lo que le ha sucedido. Es enviado a mostrar a ese ambiente violento que las personas pueden vivir y relacionarse de otra forma, que todo no es interés económico, que las personas deben respetarse y no dominarse, que es posible la comunión entre los hombres si se valora a las personas desde ellas mismas. Se le propone que muestre que se puede vencer el espíritu de violencia, de desprecio, de exclusión, de imposición, de desintegración, que considera a unos como más valiosos e importantes que otros. Jesús ha afirmado en él un espíritu de encuentro y de fortaleza para enfrentar las dificultades que esta sociedad genera.

Es interesante este relato porque sin negar que este hombre podía presentar alguna dificultad, dirige la mirada hacia el entorno ya que en él está el origen de la exclusión, del aislamiento, del rechazo.

Este espíritu no sólo afecta las relaciones interpersonales, sino que destruye la dignidad de las personas que no responden al ideal de vida que se quiere imponer. Estas terminan siendo aisladas de toda relación sin oportunidad de desarrollo personal (vagaba, se lastimaba y vivía en el cementerio).

Para Jesús no hay inclusión cuando hay imposición o dominio de unos sobre otros. Toda comunidad para que sea inclusiva debe tener como valor fundamental a las personas en su particularidad y esto se expresa en el respeto a la condición de cada una.

La comunidad de Gerasa, que rodea al hombre poseído por un espíritu impuro, rechaza al distinto, al que no puede dominar, al que no guarda una determinada forma de ser reconocida por el entorno.

El Evangelio dice que Jesús es el “diverso” que no es aceptado por la comunidad. En varias ocasiones y de distintas maneras quisieron doblegarlo, pero se mantuvo en su postura. Incluso sus discípulos en distintas ocasiones le plantearon cambiar su discurso y Jesús siguió su camino. Él con su actuar y hablar hacía ver a los grupos con los que se relacionaba, su incapacidad para incluir verdaderamente a todos los individuos.

Históricamente las sociedades han reaccionado ante lo que cuestiona el orden establecido. Esto ha llevado a la segregación del diferente, entre las que estaban las personas con deficiencias y con otras problemáticas, ya que rompía el modelo aceptado y considerado como única forma de ser hombre.

Este grupo quiere dominar al que obra de manera distinta para traerlo a la “normalidad”, para que pueda vivir dentro del esquema social establecido. En ella existe un esquema de manejo del otro que es considerado “distinto”, del que no acepta ciertas formas de vida que son impuestas como únicos criterios de humanidad.

De aquí se desprende que no hay inclusión donde hay desprecio por parte de algunos miembros sobre otros, donde la “paz social” es igual a una aceptación callada de la imposición de un sector sobre los demás. Allí se da la exclusión de unos, aunque

aparentemente todos vivan juntos. Aquí hay violencia sobre quienes no pueden vivir su diversidad, una violencia que destruye internamente a la persona, que la termina aislando porque no puede ser ella misma, pero que es germen de división de dicha sociedad.

Jesús cuestiona la sobrevaloración de la autosuficiencia humana

“Le trajeron entonces a unos niños para que los tocara, pero los discípulos los reprendieron. Al ver esto, Jesús se enojó y les dijo: <Dejen que los niños se acerquen a mí y no se lo impidan, porque el Reino de Dios pertenece a los que son como ellos. Les aseguro que el que no recibe el Reino de Dios como un niño, no entrará en él>. Después los abrazó y los bendijo, imponiéndoles las manos.” (Mc.10,13-16)

Aprovechó Jesús el rechazo por parte de los discípulos de unos niños que le trajeron para bendecirlos, para cuestionar la manera de pensar sobre los niños de estos adultos que tiene delante diciéndoles que los dejen acercarse porque de los que son como ellos es el Reino de los Cielos y les aseguró que el que no lo recibe como un niño no entrará en él.

Jesús no dice cómo son esos niños, no expresa ninguna particularidad o condición. Hay algo que Jesús sabe y estos adultos también y que por lo tanto no hay que aclarar.

En aquel tiempo la niñez no era valorada en sí misma, no había una actitud positiva hacia ella como hoy que se piensa en ellas está todo lo bueno que el hombre desea ser y que se va perdiendo a lo largo de la vida.

Un texto hallado en las cuevas de Qumrán[22] coloca a los niños junto a diversas personas que por su situación no podían ser parte de la Asamblea religiosa: "La gente estúpida, los locos, los bobos, los dementes, aquellos que estando débiles de ojos no pueden allí ver, los cojos, los sordos, los menores de edad, ninguno de entre ellos entrará al seno de la comunidad, porque los ángeles santos están en medio de ella".[23]

Para estas personas una asamblea santa, en la cual los ángeles toman parte, no puede agrupar más que hombres perfectos de cuerpo y espíritu. Es necesario pues excluir de ella no solamente a los enfermos y simples de espíritu, sino también a los niños: su presencia no sería compatible con aquella de los ángeles.

Precisiones de este género no son particulares de Qumrán, también la Mishna[24] menciona al niño al costado del sordomudo y del idiota, como incapaz de cumplir la ofrenda. El niño no es más que un ser imperfecto; los rabinos lo tienen en el miramiento y no están casi dispuestos a atribuirle la inocencia.

Para ellos el ideal humano es el que es independiente, que se vale por sí mismo, ya sea por su capacidad intelectual, por su fuerza, por su belleza o alguna habilidad. A quien no logra esto se le hace sentir que es un fracasado.

Los niños son considerados seres imperfectos por ser dependientes, incapaces de valerse por sí mismos, débiles, desprovistos de inteligencia y de razón. Solamente son tenidos en cuenta por lo que ellos significan para el futuro, no por lo que valen por sí mismos. Cuando no se puede esperar nada de ellos porque están enfermos, con deficiencia, con graves dificultades, son rechazados.

Hay en estos hombres un rechazo de la dependencia. Valoran el arreglarse solos. Es cierto que las personas tienen que ser capaces de decidir sobre sí y su futuro, de arreglarse por sí mismas, de hacerse cargo de sus tareas y enfrentar lo que va a venir, pero esta regla puede transformarse en algo terrible cuando es absolutizada, cuando es vivida sin matices. Así se llega a olvidar que nadie es totalmente independiente, nadie es por sí sólo. Aparece una

exigencia de autosuficiencia que es destructora. El pecado de Adán fue una cuestión de soberbia, de no querer depender de nadie y llegar a ser como Dios, que es por sí mismo y no depende de nadie.

Para estos adultos los niños eran seres incapaces, no eran autosuficientes y por lo tanto eran una carga y más aún si presentaban una deficiencia.

Se proponía un modelo de persona que, de lograr imponerse terminaría destruyendo al mismo ser humano que de por sí es alguien dependiente y limitado, por ser creado. Su existir depende de Dios esencialmente, pero también de los demás y de toda la naturaleza.

Cuando el hombre no acepta vivir de acuerdo con la ley humana de la limitación que se tiene y ser ayudado por los demás para seguir adelante, sino que considera que hay que arreglarse sólo, ser autosuficiente, se autodestruye. Por eso esta gente ve a la deficiencia como algo no propio del ser humano y la dependencia como algo indigno del mismo.

A estas personas Jesús les dice que tienen que volverse como aquellos que rechazan. Les propone aceptar la realidad humana que es limitada y que nadie puede sólo ni separado de los otros, que no somos autosuficientes sino dependientes. Esta, en cierta manera, es la dimensión más humana, aunque no se la quiera aceptar.

Jesús busca salvarlos del “monstruo autosuficiente”, que se instala en el interior del hombre y que olvida que todos los hombres son seres creados, esencialmente dependientes de Dios, de los demás hombres y de las cosas del mundo. Les quiere recordar que en la realización humana debe haber lugar para la limitación, para la fragilidad. Si se tomara en cuenta esto, cuántas ideas de hombre feliz o perfecto caerían. De esta manera aprenderían a aceptar más las situaciones que viven y el apoyo de los demás. Con cuánta mayor facilidad se aceptaría la ayuda que los demás ofrecen y este encuentro, como lo anuncia la Eucaristía, sería una fiesta porque sería un momento de comunión.

A estos hombres tan preocupados de poder presentar méritos ante Dios para ser aceptados y así merecer la vida eterna, Jesús les dice que tienen que recibir el Reino como los niños que reciben las cosas como regalo. El Reino de Dios es regalo, Dios se regala. Esto es lo que expresa la Primera Carta de San Juan (4,10): “este amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero”.

La deficiencia es un aspecto de la humanidad, es algo natural. Sin la dimensión del límite el hombre se destruye a sí mismo, porque se exige más de lo que él mismo puede, porque no sabe comprenderse a sí mismo y a los demás, porque no entiende las fallas humanas. De esta manera entra en la lógica de la eficiencia, de la producción, en la que no hay lugar para el error ni para el descanso.

Jesús al poner en el centro a los niños nos recuerda que el hombre no es un ser terminado, acabado, sino que está siempre en camino de desarrollo y que no se hace sólo, sino en el intercambio.

Jesús les habla del gran problema humano de no aceptar su condición creada, y por lo tanto limitada. Aceptar que el hombre vale por ser la obra de Dios por sí mismo y su obrar es vivir de acuerdo con el regalo de la buena vida que ha recibido de Dios. Este buen obrar no le agrega valor, no le agrega dignidad.

Estos hombres a los que Jesús se dirige parecen estar muy preocupados de cómo hacer para entrar en el Reino de Dios, de qué hay que hacer para merecerlo (Mc.10,17). Ellos consideran que lo importante es ser perfectos ante Dios y eso significa cumplir su Palabra, hacer el bien. Hay que tener méritos ante Dios.

Los méritos pasan a ser una sobrenaturaleza que el hombre se agrega para ser valioso.

El hombre con esta mentalidad cree que Dios valora lo que tiene méritos y por lo tanto considera que el Reino de Dios es algo que se gana, que se logra a cambio de algo.

Pero resulta que Jesús les dice: “Les aseguro que el que no recibe el Reino de Dios como un niño, no entrará en él.”. Estos hombres hablan de merecer, heredar el Reino de Dios y Jesús les habla de recibir como un niño recibe las cosas. Para Jesús en primer lugar el Reino es regalo, es gratuito, no tiene precio, no se compra, no se merece. La respuesta del hombre tiene su origen en el amor primero de Dios, ella es gratitud. La vida del hombre es una acción de gracias a Dios, que se expresa en convertirse uno en regalo para los demás a ejemplo de Jesús que es amigo del hombre, que dio la vida por él. ¡Qué mentalidad distinta!

Hay un cambio de perspectiva. Mientras esos hombres se plantean cómo quieren que Dios los vea, Jesús les plantea cómo los mira Dios. Para Él siempre los hombres son niños, siempre dependientes, siempre seres necesitados, siempre en desarrollo. Esta perspectiva no se contrapone a que también son capaces, que pueden trabajar, esforzarse, dar vida, que Él puede contar con ellos para construir este mundo que le ha confiado.

Estos adultos han puesto el centro de la vida en su respuesta. El amor primero de Dios está tan supuesto que se ha olvidado. Para ellos lo que cuenta no es que Dios nos mira como hijos, sino que mira lo que tenemos en las manos para ofrecerle. Del amor inicial gratuito, se ha pasado a que el hombre tiene que ganar el amor de Dios con sus buenas obras. Así ha crecido su imagen. Cuenta lo que haga, sus capacidades, su fuerza, su belleza, su habilidad, porque sólo así, piensa, se atrae a Dios.

Desde aquí se entiende que para enfrentar la dureza de la vida y las continuas luchas entre los pueblos el ideal del desarrollo humano es ser independiente, valerse por sí mismo, ser capaces para producir algo. Desde esta perspectiva depender es algo terrible. La persona que tiene una deficiencia o una enfermedad grave es una carga para el resto. Así se mira a los niños por su condición de niños. No se ve en ella algo positivo.

Para esta gente la deficiencia es igual a dependencia, a algo que juega en contra de la vida que merece ser vivida.

Pero Jesús les quiere recordar que en la realización humana debe haber lugar para la limitación, para la debilidad, para aceptar ser ayudados por otros. Esto es algo natural al hombre.

Este hombre en vez de alegrarse del apoyo de los otros, sufre porque no puede por sí mismo. De ser niños que se alegran de contar con sus padres que los apoyan, que les ofrecen alimento y cariño, han pasado a ser seres que buscan ser autosuficientes, autorealizarse, autosatisfacerse, ser autosustentables.

Jesús les propone a estos hombres que hay que volverse como niños, les propone que hay que nacer de nuevo, que hay que aprender a vivir con estas categorías que no se aceptan, que hay que recomenzar y Dios lo puede hacer.

Esta propuesta de Jesús está muy lejos de cuando algunos al referirse a personas con discapacidad intelectual dicen que el Reino de Dios les pertenece porque ellos son inocentes y puros como niños. Aquí está presente la perspectiva del mérito.

Pero Jesús al decir que el Reino de Dios hay que acogerlo, recibirlo, nos grita que es regalo, que es don. Cuando los hombres olvidan esto el Reino de Dios es cosificado, pasando a ser ‘algo’ más, que se puede comprar o conseguir a cambio de algo.

El hombre que se considera “rico” quiere dar algo a cambio, quiere mostrar que en él hay algo que justifique el don se le da, quiere ganarse las cosas. Él paga, compra, porque para él todo tiene un precio. El relato del hombre rico (Lc. 18, 18-27) o del joven rico (Mt. 19, 16-26) nos habla de esta actitud. El rico, en el Evangelio, es imagen del hombre autosuficiente, que está seguro por sus riquezas, que nada le falta, que nada tiene que pedir, que por el contrario puede dar algo a cambio de lo que quiere.

La experiencia muestra que es muy común que a medida que se crece se vaya perdiendo la experiencia primitiva del ser humano: la vida es don, uno mismo no la ha generado, ella ha sido dada. Los seres (padre-madre) que están a su lado lo reciben, lo quieren, se le ofrecen, lo cuidan, están ahí atentos de él, simplemente porque lo aman antes de toda obra buena que haga. Lo primero es lo gratuito. Se recibe sin dar nada a cambio, simplemente por ser hijo de alguien, por ser obra de alguien.

La primera experiencia es de un amor gratuito. Pero a medida que pasa el tiempo se escucha el siguiente mensaje: si no haces esto no te quiero, si no te portas bien mamá ya no te quiere y así se llega a la siguiente conclusión: para que a uno lo quieran hay que portarse bien. El amor empieza a estar condicionado, a tener un precio. Hay que dar algo a cambio por el amor del otro. En uno tiene que haber algo atrayente.

Esta manera de pensar se suele trasladar a Dios: Mirá que si no sos bueno, tal cosa buena, Dios no te va a querer. ¡Qué olvido de la 1ª Carta de Juan! (El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Dios nos amó primero) ¡Qué olvido del Padre de la parábola del Hijo pródigo que sale corriendo al encuentro del hijo que se había ido de la casa! ¡Qué olvido del Dios que creó al hombre a su imagen y semejanza, que lo ama porque es su obra! ¿Acaso el Dios que se da sin límites puede retraerse en su entrega, retirar su amor?

El amor de Dios experimentado mueve el corazón del hombre, lo atrae, le genera amor, le compromete la vida con Él. La respuesta del hombre no es ganarse el amor de Dios, sino que es agradecimiento por su entrega sin límites, por su obra maravillosa para con él.

El hombre que vive con la ley del mérito para ser querido, para ser salvado, entra en una lógica terrible. Acepta que su valor como persona depende de su respuesta, de su capacidad de presentar algo considerado bueno por los demás, cuando en realidad vale siempre por él mismo, porque es algo maravilloso.

A muchas personas con discapacidad se ha enviado un mensaje contrario a esto. Ellas han experimentado que son dejadas de lado porque les falta algo, que son menos valiosas que las demás y que en sí mismas no hay algo atrayente.

El mensaje de Jesús sobre los niños es novedoso. Nadie había detenido su mirada en ellos.

Como ha pasado con cierta interpretación de la bienaventuranza “Felices, ustedes, los pobres, porque el Reino de Dios les pertenece” (Lc.6,20), ha sucedido con la frase “Dejen que los niños se acerquen a mí no se lo impidan, porque el Reino de Dios pertenece a los que son como ellos”. A estos pobres y niños se les han adosado virtudes para justificar que el Reino de Dios les pertenece. Así esos pobres se transformaron en personas humildes confiadas en Dios y los niños en imagen de pureza, sinceridad, inocencia, gratitud, confianza en Dios, generosidad, etc. En esta interpretación pertenecer pasó a ser sinónimo de merecer. Esta forma de concebir a estas personas no está totalmente errada, pero dejó afuera lo que el Evangelio en esos textos quería anunciar principalmente como buena nueva.

Tanto a los pobres como a los niños les pertenece el Reino de Dios porque Él sale al encuentro de aquellos que son dejados de lado, que son excluidos por aquellos que se consideran poderosos, importantes, mejores, y son abandonados, echados, tirados al borde del camino. Desde esta perspectiva la interpretación que agrega virtudes a estas personas para ser tenidas en cuenta niega el anuncio del Evangelio. Dios viene a buscar a la oveja perdida, al que no tiene nada en sus manos de bueno para mostrar, a los pecadores. Dios viene a obrar en su favor para que ellos experimenten el amor de Dios que quiere a cada persona por sí misma, por ser su obra y que experimenten la ternura de Aquel que los ama desde las entrañas como una madre que ama a sus hijos antes que ellos sean vistos y a pesar de todo lo negativo que puedan hacer, por el sólo motivo de que son sus hijos.

- Jesús se hizo servidor de todos y el último de todos, no vino a competir con los hombres

“Llegaron a Cafarnaúm y, una vez que estuvieron en la casa, les preguntó: «¿De qué hablaban en el camino?». Ellos callaban, porque habían estado discutiendo sobre quién era el más grande. Entonces, sentándose, llamó a los Doce y les dijo: «El que quiere ser el primero, debe hacerse el último de todos y el servidor de todos». Después, tomando a un niño, lo puso en medio de ellos y, abrazándolo, les dijo: «El que recibe a uno de estos pequeños en mi Nombre, me recibe a mí, y el que me recibe, no es a mí al que recibe, sino a aquel que me ha enviado». Juan le dijo: «Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu Nombre, y tratamos de impedirselo porque no es de los nuestros». Pero Jesús les dijo: «No se lo impidan, porque nadie puede hacer un milagro en mi Nombre y luego hablar mal de mí. Y el que no está contra nosotros, está con nosotros. Les aseguro que no quedará sin recompensa el que les dé de beber un vaso de agua por el hecho de que ustedes pertenecen a Cristo.” (Mc.9,33-41)

Ante el anuncio de Jesús de que lo van a crucificar, los discípulos compiten para ver quién es el más importante entre ellos, quién va a tomar la jefatura. Esto lleva a la discusión, a la discordia, a la lucha, a la exclusión de todos por uno. ¡Qué lejos es esto de la propuesta de Jesús donde lo que importa es la complementariedad, la puesta en común, el que todos se salven y nadie se pierda, el que cada uno sea reconocido por su nombre, por su diversidad, por sí mismo y que todos se sirvan!

En la pregunta hecha por los discípulos sobre ‘quién es el mayor’, aparece el planteo sobre quién es el mejor o el más importante o el modelo a seguir. Ellos se han olvidado que los hombres tienen como imagen absoluta en primer lugar a Dios y luego todas las demás personas desde su particular forma de ser. Por lo tanto, todas son espejos donde poder reflejarse en un servicio mutuo en el cual ninguno puede pretender la exclusividad porque todos son deficientes con respecto a Dios. Cristo, la imagen verdadera de Dios que viene a revelar a Dios a los hombres y a los hombres su verdadero rostro (GS 22), es el único modelo donde todos pueden mirarse y donde está el rostro del Padre.

La humanidad es un mosaico, donde todos los hombres son importantes, únicos, originales y aportan sin lograrlo nunca mostrar el rostro de Dios.

El ‘mosaico’ es un conjunto de piedras pequeñas que de acuerdo a como han sido colocadas y su color se complementan para formar un todo, una imagen, un dibujo. En él cada piedrita es importante a tal punto que una sin las que están al lado no dice nada. Entre ellas se necesitan para poder mostrar algo, juntándose expresan algo que las supera a sí mismas,

pero del que cada uno es parte. Esto se logra gracias a lo que cada una tiene de propio y su relación con las demás.

El hombre tiene una identidad relacional, dialogal. No se acaba en sí mismo, sólo se comprende en referencia a alguien que podemos decir está en cierta manera fuera de él o muy dentro de sí mismo. Y ya que cada persona es imagen de Dios podemos decir que nos vamos descubriendo en la medida que las conocemos y entramos en comunión con ellas.

Desde esta perspectiva se puede decir que cada rostro humano, el más atractivo y el más desfigurado, el más alegre y el más triste, el más expresivo y el más seco, el más luminoso y el más oscuro, el del que se maravilla ante lo visto y el del que tantea para ir por el camino exacto, el del lúcido y el del que le cuesta comprender, el que es capaz de gozar con un sonido y el del que no oye nada, el del joven y el del adulto, el del recién nacido y el del próximo a morir, el de la persona que llama la atención por sus dotes como el del que pasa sin ser percibido, el del que trabaja en cosas reconocidas por los demás como el del que hace lo que nadie valora, es único. Entonces decimos que los diversos hombres hacen el único rostro del hombre. Todos expresan al hombre, todos son el hombre. Como en el mosaico, la piedra que está al lado con su color y forma propia hace que la próxima resalte, se diferencie y brille. Esto último es gracias a la diferencia, al particular modo de ser de cada una.

Es interesante que Jesús, como estrategia para responder a la situación que se había generado entre ellos, les ponga en medio a un niño.

Teniendo en cuenta todo lo dicho sobre la niñez, Jesús les está diciendo que nadie puede sólo, que todos tienen que apoyarse entre sí, que nadie es autosuficiente para hacer las cosas, que nadie es todopoderoso, sino por el contrario los hombres son seres necesitados, débiles, dependientes y que sólo gracias al apoyo mutuo pueden edificar lo que se busca construir.

Les habla de ser capaces de recibir a los que nadie recibe, tener en cuenta a los que no son valorados. Les cuestiona el criterio de considerar a unos importantes y a otros no, a unos valiosos y a otros insignificantes, a unos capaces y a otros incapaces. Quien lo siga a Él tiene que cuidarse de no cambiar sus criterios: “Reciban a los que no cuentan si quieren recibirme a mí.”, “Cuando no esté si me quieren seguir recibiendo ábranse hacia los que no son tenidos en cuenta, a los que son considerados una carga.”

Les muestra que, por creerse los elegidos, mejores que los demás porque han recibido la Palabra de Dios o porque Él los ha llamado, han impedido que otros hagan la obra de Dios. Ustedes han considerado que hay personas que “no son de los nuestros”. Ustedes se han puesto por encima de otros, se han tenido como más capaces de discernir quién es de Dios y quién no lo es. Ustedes han caído en el desprecio de los que no son como ustedes y así han llegado a impedir la obra de Dios, ustedes que han sido elegidos para anunciar la buena noticia a los hombres.

- La multitud que no tienen en cuenta a aquellos que no acceden a los bienes que todos buscan.

“Unos días después, Jesús volvió a Cafarnaúm y se difundió la noticia de que estaba en la casa. Se reunió tanta gente, que no había más lugar ni siquiera delante de la puerta, y él les anunciaba la Palabra. Le trajeron entonces a un paralítico, llevándolo entre cuatro hombres.

Y como no podían acercarlo a él, a causa de la multitud, levantaron el techo sobre el lugar donde Jesús estaba, y haciendo un agujero descolgaron la camilla con el paralítico. Al ver la fe de esos hombres, Jesús dijo al paralítico: 'Hijo tus pecados te son perdonados'.

Unos escribas que estaban sentados allí pensaban en su interior. '¿Qué está diciendo este hombre? ¡Está blasfemando! ¿Quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?'. Jesús, advirtiendo en seguida que pensaban así, les dijo: '¿Qué están pensando? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: '¿Tus pecados te son perdonados', o 'levántate, toma tu camilla y camina'? Para que ustedes sepan que el Hijo del hombre tiene sobre la tierra el poder de perdonar los pecados –dijo al paralítico- yo te lo mando, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa'. Él se levantó en seguida, tomó su camilla y salió a la vista de todos. La gente quedó asombrada y glorificaba a Dios, diciendo: 'Nunca hemos visto nada igual.'" (Mc. 2,1-12)

Un hombre en camilla es llevado por unos amigos para encontrarse con Jesús, pero al llegar a su casa se encuentra con la imposibilidad de ingresar debido a la multitud que estaba delante de la puerta. Por eso sus amigos lo ingresan por el techo y así se produce el encuentro con Jesús y su posterior curación.

Generalmente la mirada está puesta en la curación, pero en la situación que se da hay algo que se refiere a una temática relacionada con las personas con deficiencias: la accesibilidad.

Este hombre no puedo llegar a Jesús porque la multitud lo impedía.

Es justamente la multitud la que impide acceder a una realidad ya que todo se organiza para ella, para sus requerimientos, sin ver que otros quedan afuera, sin acceso por no tener en cuenta sus necesidades.

Aparece aquí la realidad de una sociedad que se ha organizado restringiendo o dejando sin oportunidades a las personas que necesitan formas de acceso que no son las de todos.

En este hombre está representada la población cuyas posibilidades de acceso no han sido tenidas en cuenta. En las restricciones presentes en la sociedad para participar está presente en cierta manera la mayoría que se tuvo en cuenta al momento de pensar un programa, una actividad, un servicio, una construcción, una propuesta.

En el empeño de los amigos que han encontrado la forma de ingresar a la casa se ve la lucha de los que saben proponer algo superador para permitir el acceso de todos. Ellos plantean una perspectiva nueva que tenga en cuenta las posibilidades de todos, cuestionan las estructuras vigentes desde las necesidades de cada uno que son tan importantes como las de la mayoría que se tuvo en cuenta.

La accesibilidad es mucho más que una cuestión referida a cuestiones arquitectónicas (rampas, tamaños de puertas, espacios, etc.). Es en primer lugar un principio organizador social: todas las realidades de una sociedad deben ser accesibles a las personas que la conforman, para que ellas puedan gozar de los bienes existentes, hacer uso de los mismos de manera adecuada a sus necesidades y a su diversa manera de funcionar a fin de poder desarrollarse integralmente y participar en donde decida hacerlo.

Llama la atención que el Evangelio ponga como causa del no acceso a la casa de Jesús, no la puerta chica, sino la gente. Los seres humanos se obstaculizan entre sí el acceso a los bienes que Dios ha dispuesto para todos. Imposible pensar que se haya tenido en cuenta la cuestión de la accesibilidad, tal como hoy se tiene en cuenta, pero es interesante que el relato en una situación de imposibilidad de acceso haga referencia a la multitud. Para el evangelista la gente es el obstáculo para el ingreso.

Esto es cierto porque es para la mayoría para quien se estructuran las cosas, es el modelo de persona que domina el que se impone al momento de organizar el acceso a los bienes sociales. Por tanto, esté la multitud presente o no, como se suele estructurar desde ella, ella está poniéndose delante impidiendo el acceso.

Aquí resuena aquella enseñanza de Jesús en el templo un día sábado: “El sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado” (Mc.2,27). De aquí se sigue que todo es para el hombre y este no está para servir a ninguna construcción humana que se impone sobre él. Toda organización humana debe estar a su servicio, por tanto, ninguna estructura no debería impedir el acceso a aquello que ofrece sino por el contrario facilitarlo.

Referido a esto, es interesante lo que resaltan los evangelistas sobre la manera de anunciar de Jesús y que nos transmite Mc.4,33: “Y con muchas parábolas como estas les anunciaba la Palabra, en la medida en que ellos podían comprender”.

El anuncio es una información que se transmite y Jesús lo hacía con parábolas. Este medio de enseñar se basaba en la forma de comprender del que escuchaba, no del que la predicaba. Su fin era que el que recibía la enseñanza lo hiciera sin dificultad porque se partía de su realidad. El anuncio era realizado de tal manera que el destinatario a su modo podía ir comprendiendo activamente lo que se le anunciaba.

Los discípulos se dieron cuenta de la gran capacidad de adaptación al otro que tenía Jesús para enseñar la única Palabra. Diríamos, en este contexto de accesibilidad, que la información era ofrecida de tal manera que el otro podía acceder a ella de manera adecuada a sus posibilidades.

No hay inclusión si no hay accesibilidad a todos los bienes, a la información y a todos los ámbitos de la sociedad.

- No esperar superar las dificultades para vivir

“Después de esto, se celebraba una fiesta de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Junto a la puerta de las Ovejas, en Jerusalén, hay una piscina llamada en hebreo Betsata, que tiene cinco pórticos. Bajo estos pórticos yacía una multitud de enfermos, ciegos, paralíticos y lisiados, que esperaban la agitación del agua. [Porque el Ángel del Señor descendía cada tanto a la piscina y movía el agua. El primero que entraba en la piscina, después que el agua se agitaba, quedaba curado, cualquiera fuera su mal.] Había allí un hombre que estaba enfermo desde hacía treinta y ocho años. Al verlo tendido, y sabiendo que hacía tanto tiempo que estaba así, Jesús le preguntó: «¿Quieres curarte?». El respondió: «Señor, no tengo a nadie que me sumerja en la piscina cuando el agua comienza a agitarse; mientras yo voy, otro desciende antes». Jesús le dijo: «Levántate, toma tu camilla y camina». En seguida el hombre se curó, tomó su camilla y empezó a caminar. Era un sábado, y los judíos dijeron entonces al que acababa de ser curado: «Es sábado. No te está permitido llevar tu camilla». Él les respondió: «El que me curó me dijo: «Toma tu camilla y camina».” (Jn.5.1-11)

En el relato se dice que hay una multitud de enfermos (ciegos, cojos, paralíticos). Estos pueden ser entendidos como personas con múltiples deficiencias que hace comprender la necesidad de apoyo que el hombre a quien se dirige Jesús ha estado esperando durante tanto tiempo para alcanzar lo que quería.

Este hombre hacía 38[C21] años que estaba enfermo. Jesús le propuso si quería curarse y en vez de una rápida respuesta afirmativa, comenzó a mostrar las dificultades que había

encontrado en la búsqueda de curación. Él creía en la tradición que afirmaba que quien llegaba primero a la fuente cuando el agua se movía se curaba, como él no podía hacerlo solo y nadie le daba una mano, entonces ya no esperaba nada.

Él ha estado esperando una solución externa a él, ya fuera en la ayuda de otros o y en el milagro. La única oportunidad que este hombre visualizaba era llegar primero al agua y como eso no era posible se quedaba tirado allí sin hacer nada. Él no contaba ya con su propio esfuerzo ni con la ayuda del entorno. Él era un hombre vencido, no esperaba nada, estaba tirado, quieto.

Él es imagen del aquel que ha sido vencido por su deficiencia, por la indiferencia y las barreras que ha encontrado en su entorno. Ya nada hace para superarse y salir de su situación. No espera ningún cambio, de hecho, no le pidió nada a Jesús, es Jesús quien le ofrece, quien le pregunta, quien toma la iniciativa.

Jesús le propuso algo que le debe haber resultado imposible a este hombre: “Levántate, carga tu camilla”. Esta frase puede comprenderse directamente como una recuperación total de su funcionalidad o que aprendiera a vivir con su deficiencia superando su situación de postración. Según esto aquella no es una imposibilidad para vivir la vida, para salir adelante. Esto mismo se puede pensar que Jesús le propuso al hombre con sordera al decirle “Ábrete”: “A pesar de tu deficiencia y de las dificultades que experimentas, no te encierres en vos mismo. Salí a la vida, al encuentro con los demás.”

“Carga la camilla” es una manera de decir: “Lleva sobre ti tu deficiencia”. En términos actuales se podría decir: “alcanza la rehabilitación que te permita tu desarrollo personal y tu inclusión social”. En el caso del hombre sordo al que Jesús le ha dicho que se abra, esto puede significar “comienza a oír” o “se capaz de vencer las dificultades provocadas por la falta de audición”.

Este hombre que hasta ahora había puesto toda su esperanza en la curación, ha descubierto con la cercanía de Jesús y sus palabras otra posibilidad, algo inesperado: “vivir con la deficiencia”.

Si bien es cierto que se habla que ha sido curado, se podría pensar que la curación es poder vivir con la deficiencia, desarrollar las posibilidades con que se cuenta, aunque se la siga teniendo.

Jesús a este hombre, que está tendido, le dice palabras muy significativas: levántate, carga tu camilla y echa a andar. Le dio ánimo para que cargara la camilla, para que hiciera algo por sí mismo, para que se pusiera en actividad incluso con su deficiencia.

En la expresión de este hombre, “Señor, no tengo a nadie que me sumerja en la piscina”, aparece la situación de soledad que vive. No cuenta con nadie que lo ayude, que le sirva de apoyo, que le dé el ánimo que necesita. El apoyo que Jesús le dio es lo que en algunas ocasiones le falta a quienes están luchando, buscando salir hacia delante. Él trae la fuerza, el convencimiento, la seguridad, que permite confiar en lo que uno hace, en ir más allá de la experiencia de no poder superar las dificultades. Su actitud de compromiso con este hombre es contraria a la indiferencia del entorno que lo rodea.

En ocasiones las personas con discapacidad cuentan con personas que les transmiten la fuerza y el convencimiento que ellas en ocasiones no tienen. Ellas les hacen ir más allá de aquella experiencia que les dice que no se puede hacer nada.

La comunidad que cree en Aquel que ha vencido la muerte, que ha corrido la gran piedra que cerraba el sepulcro, tiene que motivar a toda persona que experimenta una dificultad en

su vida, tiene que ayudarlo a vencer las barreras que impiden el cambio, tiene que saberse comprometida con esa realidad porque es el entorno que la rodea quien la provoca. No se puede ser indiferente como si fuera algo que no lo tocara a uno.

En verdad la solución estaba a su alcance, no necesitaba ningún milagro, pero ya no esperaba nada de sí mismo ni de los que lo rodeaban. No era necesario que desapareciese la deficiencia para que él se pusiera en marcha. La solución no estaba en el agua, sino en sí mismo y en los demás.

El Evangelio de Jesús nuevamente interviene en la realidad humana y la cuestiona. Él propone caminos de vida abundante para todos los hombres, donde todos los hombres puedan ser protagonistas que ofrezcan a este mundo la libertad de los hijos de Dios que libera a este mundo de toda corrupción y lo colma con los dones que el Espíritu trae a este mundo a través de ellos.

Ante el Evangelio de Jesús, ¿cómo no sentirnos obligados a hacer de la Iglesia y de este mundo lugares donde todo hombre experimente su valor no sólo por palabras que lo expresen sino por obras que transformen aquellas situaciones que niegan su dignidad?

De manera sintética podemos decir que el Evangelio pone en el centro de la temática de las personas con discapacidad la inclusión en todos los ámbitos de la vida como un derecho y que por lo tanto lo que está en juego es el reconocimiento de su dignidad y la justicia para con ellas.

Jesús cuestiona la concepción de su época sobre las personas con discapacidad y los prejuicios existentes en las comunidades hacia ellas, a través de sus gestos que muestran el reconocimiento de su protagonismo.

Los milagros realizados sobre ellas, que las liberaban de su deficiencia, no querían expresar necesariamente que su inclusión fuera consecuencia de esto.

Jesús, adaptándose a la manera de pensar de esa época que consideraba que la inclusión se daba por la desaparición de la deficiencia, realiza estos milagros para plantear su objetivo, la inclusión de estas personas.

Jesús con sus planteos y gestos quiere provocar la inclusión de estas personas. Las frases que dice sobre ellas son ambiguas (“Levántate y carga tu camilla”, “Extiende tu mano”), pueden dar a pensar que hay eliminación de la deficiencia o que se puede vivir con la deficiencia. Los milagros son signos de su obra que busca la plenitud de vida, la vida en común.

Él plantea un cambio de actitud en el entorno que excluye y el reconocimiento de la persona como protagonista desde sí misma.

La afirmación del versículo 14: “Más tarde Jesús le encuentra en el Templo y le dice: Mira, estás curado; no peques más, para que no te suceda algo peor.”. Esto podría entenderse como que Jesús afirma que la enfermedad es a causa de un pecado, pero el P. Roberto Mercier dice en su comentario sobre el Evangelio de San Juan: “El binomio enfermedad/pecado es conocido desde el Gn.3. A esa creencia popular se refiere Jesús, pero no afirma que la enfermedad del hombre es necesariamente consecuencia de algún pecado personal (Cf. IX,3). De hecho, no se conoce el pasado de aquel hombre. La amenaza del mal mayor se sitúa a nivel espiritual: el juicio del Hijo, pero también ‘un pecado (que) puede acarrear a quien (lo) comete, una muerte espiritual... mal mayor que una enfermedad de treinta y ocho años’.”[25]

Y continúa diciendo: “Desde el Génesis se ha asociado enfermedad con pecado para significar que una realidad física y exterior expresa otra espiritual e interior. Sus acciones propias –curar y perdonar- también se equivalen. Así lo entiende Jesús al hablar con el enfermo: la curación física del cuerpo es sólo la expresión sensible de la curación espiritual del corazón. Si bien la imagen bíblica había sido confundida con la realidad en la creencia popular, es preciso notar que Jesús no emite juicio alguno sobre el valor de dicha creencia. Sólo la utiliza para enseñar ‘su teología’: Dios, por la Palabra, (Jesús es la Palabra), ha concedido al hombre enfermo la curación física y espiritual, es decir, la salvación. Ese nuevo estado sano le exige al hombre un esfuerzo mayor para conservarlo. Cuidar su salud recobrada significa para el hombre seguir en el camino de la conversión. Esa colaboración del hombre a la obra empezada por Dios en él, está en orden no sólo a mantener, sino a mejorar su estado para llevarlo a su término. La vitalidad corporal recobrada por la curación es sólo la expresión de aquella espiritual realizada por el perdón de los pecados. Esa vitalidad debe ser cultivada en la tierra (estado continuo de conversión), para llegar a ser permanente (resurrección), vida eterna. Así pues, se entiende el consejo de Jesús al hombre curado – haz todo para cultivar la vitalidad que ella expresa; para ello no peques más...”[26]

- Vence la exclusión transformando las causas que la provocan.

“Después Jesús partió de allí y fue a la región de Tiro. Entró en una casa y no quiso que nadie lo supiera, pero no pudo permanecer oculto. En seguida una mujer cuya hija estaba poseída por un espíritu impuro, oyó hablar de él y fue a postrarse a sus pies. Esta mujer, que era pagana y de origen sirofenicio, le pidió que expulsara de su hija al demonio. El le respondió: «Deja que antes se sacien los hijos; no está bien tomar el pan de los hijos para tirárselo a los cachorros». Pero ella le respondió: «Es verdad, Señor, pero los cachorros, debajo de la mesa, comen las migajas que dejan caer los hijos». Entonces él le dijo: «A causa de lo que has dicho, puedes irte: el demonio ha salido de tu hija».Ella regresó a su casa y encontró a la niña acostada en la cama y liberada del demonio.” (Mc.7,24-30)

La mujer sirofenicia (Mc. 7,24-31; Mt.15,21-28), que se acerca a Jesús para pedirle que libere a su hija de un demonio, se encuentra con una aparente indiferencia o rechazo por parte de él (“Mt.: “Pero él no le respondió nada”). La respuesta de Jesús (Mc.: “Deja que antes se sacien los hijos, no está bien tomar el pan de los hijos para tirárselo a los cachorros.”) provoca una reacción en esta mujer (“Es verdad, Señor, pero los cachorros, debajo de la mesa, comen las migajas que dejan caer los hijos.”) que produce la curación de su hija (“A causa de lo que has dicho, puedes irte: el demonio ha salido de tu hija”).

Este relato se basa en una situación que se vive en la sociedad pagana de aquel tiempo. Juan Mateos y Fernando Camacho dicen: “La mujer representa a la clase dominante en la sociedad pagana, ‘la hija’ (vinculación, dependencia) o ‘chiquilla’ (inmadurez, minoría de edad), representa la clase dominada (esclavos) que están en rebelión (demonio)...”[27]

“La mujer no pide nada para sí, sólo para su hija, como si la situación de esta no dependiese en nada de ella. Quiere una intervención de Jesús que respete la situación existente. El evangelista pretende mostrar que la solución a esta situación no depende de una intervención externa, sino del cambio de actitud de la clase dominante.”[28]

Jesús con su frase y actuar le muestra a esta mujer que el origen de lo que sucede está en ella. La afirmación “no dar de los hijos a los perros”, refleja la discriminación negativa que ella establece. Para ella hay personas dignas de recibir el pan y con derecho a él (los hijos)

y las que no son dignos ni tienen derecho (los esclavos representados en la imagen despectiva de los perros).

Esta mujer “al sentir el rechazo de Jesús, que la discrimina a ella del mismo modo como ella discrimina dentro de su sociedad, reclama el derecho de los discriminados a participar de los bienes que tocan a los privilegiados.”[29] Así se da cuenta que los esclavos no pueden estar privados de todo derecho y que depende de ella el cambio de situación. “Esto basta para que el demonio abandone a la hija, es decir, para que la clase de los esclavos deponga su actitud violenta, sin que haga falta una intervención de Jesús.”[30]

El actuar de Jesús plantea que no hay solución del conflicto si no se cambia aquello que lo produce. Jesús ha provocado que la mujer comprenda que la causa de la situación estaba en ella, en su manera de proceder con su hija y desde ese momento la presencia del demonio terminó.

La enseñanza es clara: si se busca transformar una situación negativa sin cambiar aquello que la origina, nunca se solucionará el problema porque no se actúa sobre aquello que la provoca.

La exclusión de las personas con deficiencia no se transforma si no se cambia lo que origina su exclusión: la falta de valoración de estas personas, la concepción presente en ámbitos sociales que considera que hay vidas más dignas de ser vividas que otras, la idea que considera que lo que se hace con estas personas no es una inversión para su bien y el bien común, sino un gasto inútil porque la persona no lo justifica.

La falta de valoración de las personas con deficiencia es el origen de las injusticias sociales o del maltrato hacia ellas. No hay políticas, no hay recursos, no hay salud, trabajo o educación para ellas porque no se valora su dignidad humana, porque no son respetadas como iguales e importantes como los demás miembros de la sociedad.

- Los prejuicios negativos en la base de toda discriminación negativa

“Entonces se le acercó un leproso para pedirle ayuda y, cayendo de rodillas, le dijo: `Si quieres, puedes purificarme`. Jesús, conmovido, extendió la mano y lo tocó, diciendo: `Lo quiero, queda purificado`. En seguida la lepra desapareció y quedó purificado.” (Mc.1,40-42).

“En Israel el leproso era el caso extremo y el prototipo de la marginación religiosa y social (Lv.13,45s). Declarar injusta la marginación del leproso significaba denunciar toda marginación.”[31]

El encuentro de Jesús con el leproso que le pide ser purificado muestra una realidad vigente en Israel y en la humanidad: la realidad de la discriminación. Esta suele ser experimentada por las personas con deficiencia.

Este hombre no pide ser curado, sino que se lo purifique. Él está convencido que en él hay algo malo. La discriminación hace creer a quienes la experimentan que en ellos hay algo que justifica que los demás los traten así y que no quieran estar con ellos. Y para justificar aún más esta actitud se da una razón religiosa (La enfermedad como castigo de Dios por un pecado cometido).

Esta persona acepta que en ella reside la razón de la discriminación, de la exclusión. Por eso pide ser liberada de esto, ser purificada. Es ella la que tiene que cambiar, la que debe

liberarse de la deficiencia para tener un lugar en la sociedad. Ella no puede pretender que todos se adaptan a sus necesidades.

Al ser la lepra considerada un castigo de Dios por el pecado cometido, el leproso no podía vivir en medio de la comunidad organizada religiosamente. El que lo tocaba corría su misma suerte por eso tenía que ir gritando su presencia para que nadie se encontrara con él.

Pero Jesús le dice que no hay nada malo en él, nada que justifique este proceder hacia él y para demostrar eso lo toca estando enfermo. El rechazo que sufre este hombre se origina no en su enfermedad, sino en los prejuicios que los hombres tienen sobre su condición. Al tocarlo Jesús le expresa que es igual a él, que nada en él enferma, nada en él genera mal. Tocándolo y haciéndose prójimo con él lo libra de su condición de excluido. “Yo no te discrimino, lo que hacen contigo no es ley de Dios, sino de los hombres.”.

Jesús viene a liberar a los hombres de los prejuicios que no lo dejan contemplar la realidad con todo su esplendor, con toda su belleza, con toda libertad. Ellos condicionan la manera de relacionarse con los demás y establecen distancias que impiden el contacto y dejarse enriquecer con la gran diversidad de los seres humanos. La ignorancia, las tradiciones y las experiencias negativas generan ideas erróneas sobre estas personas que impiden el encuentro con ellas y generan su rechazo.

La persona discriminada se pregunta a sí misma qué hay en ella para no ser querida, para ser despreciada, para no ser tenida en cuenta. Este hombre parece decir: “Líbrame del mal que hay en mí para que puedan aceptarme”. Pero Jesús vuelve a plantearle al entorno que su manera de actuar no es de Dios, no es humana. Ella destruye la vida, no construye.

Para él no hay motivo para que alguien sea excluido, discriminado, segregado, y lo hace identificándose con él al tocarlo.

Jesús no hace distinción de personas, sino que se adapta a su particularidad. Toda sociedad debe poder extender su mano a cualquier hombre. No hay motivo alguno para discriminar, para despreciar a alguien.

La comunidad que discrimina, que segrega, se siente perfecta, pura, mejor que aquellos que son rechazados por ser defectuosos. Estos pueden contagiar, contaminar a los puros y por eso hay que separarlos, aislarlos, apartarlos. Así como la lepra desfigura al que la tiene, la comunidad que discrimina desfigura al discriminado haciéndolo alguien distinto, que no merece estar en medio de todos porque es diferente. Para esta gente lo distinto no es bueno, sino malo.

Las personas con discapacidad históricamente han sido objeto de discriminación. En la actualidad también lo son con el agravante que nuestra sociedad proclama por todos los medios posibles que “todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos”.

La sociedad que acepta la marginación, la discriminación, la segregación, es una sociedad desintegrada, dividida y que no puede tener paz en su seno. En ella siempre existirán motivos de violencia que llevarán seguramente a enfrentamientos. Es necesaria una profunda reconciliación basada en el reconocimiento de la igual dignidad de cada individuo y en el respeto a la particularidad de cada uno.

La persona protagonista de su vida

“Después llegaron a Jericó. Cuando Jesús salía de allí, acompañado de sus discípulos y de una gran multitud, el hijo de Timeo –Bartimeo, un mendigo ciego– estaba sentado junto al camino. Al enterarse de que pasaba Jesús, el Nazareno, se puso a gritar: «¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!». Muchos lo reprendían para que se callara, pero él gritaba más fuerte: «¡Hijo de David, ten piedad de mí!». Jesús se detuvo y dijo: «Llámenlo». Entonces llamaron al ciego y le dijeron: «¡Animo, levántate! Él te llama». Y el ciego, arrojando su manto, se puso de pie de un salto y fue hacia él. Jesús le preguntó: ¿Qué quieres que haga por ti? Él le respondió: «Maestro, que yo pueda ver». Jesús le dijo: «Vete, tu fe te ha salvado». En seguida comenzó a ver y lo siguió por el camino.” (Mc. 10,46-52)

Es interesante la reacción de Jesús ante este hombre ciego que le pidió su favor. Jesús no juzgó de antemano que lo único que podía querer este hombre era poder ver, no pensó que su vida se reducía a su ceguera. Por eso hizo la siguiente pregunta: “¿Qué quieres que haga por vos?” Y así Jesús reconoció el protagonismo de este hombre. Él se incluyó en el camino. Él ya no está excluido, al borde del camino, ya no dependía de los demás para vivir, la suerte de su vida dependía de sí mismo.

En este relato se ve expresada su autodeterminación. Él decide por sí mismo aquello que mejor le parece para sí.

Este hombre supo analizar bien dónde estaba la causa de su situación según la concepción de ese momento y entonces pidió lo que le convenía. Desde cierta perspectiva juzgó bien, pero en verdad no era su ceguera la causa de su exclusión sino los prejuicios existentes en su entorno.

Con su pregunta Jesús le hizo experimentar que él podía, que en él estaba la decisión determinante de su vida, que nadie le podía quitar el protagonismo en su vida.

Es necesario que haya espacio para la propia determinación, para que se pueda hablar de inclusión. Sin esto la persona no es miembro activo de una comunidad y si esto se le impide se lo anula en aquello que es propio de todo ser humano, el ejercicio de la libertad.

- La persona con discapacidad tiene voz propia y algo para decir y espera ser escuchada

“Cuando Jesús volvía de la región de Tiro, pasó por Sidón y fue hacia el mar de Galilea, atravesando el territorio de la Decápolis. Entonces le presentaron a un sordomudo y le pidieron que le impusiera las manos. Jesús lo separó de la multitud y, llevándolo aparte, le puso los dedos en las orejas y con su saliva le tocó la lengua. Después, levantando los ojos al cielo, suspiró y le dijo: ‘Efatá’, que significa: ‘Ábrete’. Y en seguida se abrieron sus oídos, se le soltó la lengua y comenzó a hablar normalmente.

Jesús les mandó insistentemente que no dijeran nada a nadie, pero cuanto más insistía, ellos más lo proclamaban y, en el colmo de la admiración, decían: ‘Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos’.” (Mc. 7,31-37)

Jesús no vino a ocupar el lugar de Satanás, ya que este quiere dominar al hombre, lo quiere esclavizar despersonalizándolo, encerrándolo en sí mismo, impidiéndole hablar por sí mismo y escuchar otra voz que no sea la de quien lo domina.

Por eso Jesús le dijo a este sordo y mudo: “Ábrete”, “Sal de ti mismo”, “Libérate de aquel que tiene encerrado”. Esta es la propuesta que Jesús le hace al hombre. Él tiene que decidir,

nadie puede imponerse sobre él si él no quiere, es una decisión personal. Esta es la posibilidad que Jesús trae a los hombres.

Para muchos en Israel, esta gente no tenía capacidad de comprensión ni nada propio que expresar. La sociedad al considerar que de las personas con discapacidad no puede salir nada que deba ser tenido en cuenta, no les da tiempo para oír su parecer ni para que a su modo puedan comunicarse. Así a ellas no les dirige su palabra ni pone en ellas la atención, tampoco se les pregunta ni se las escucha.

Los dirigentes que se creen capaces de comprender las vivencias de todos y ser sabedores de todo lo que el hombre necesita, no piensan que tengan que consultarlas antes de tomar decisiones sobre ellas. Por el contrario, Jesús con su gesto y palabra le dijo: “Vos tenés que hablar por vos mismo”, “Que no acallen tu voz”.

Este hombre ha sido liberado de aquello que lo oprime, no necesariamente de su deficiencia, sino de la comunidad que no lo tiene en cuenta y que lo minusvalora como persona, dejándolo encerrado en la imagen empobrecida que tiene de él.

Jesús libera a la persona escuchándola. Le anuncia que ella tiene algo para decir y que lo puede hacer por sí mismo. La llevó a parte para que no fueran otros los que hablaran por él. Así el que no hablaba se puso a hacerlo porque alguien quería escucharlo, le daba lugar y tiempo.

A veces las personas no se comunican porque experimentan un ambiente que no las respeta, que no tiene ningún interés en ellas, que no les presta atención ni les dirige su palabra, donde no hay interés por el otro ni por su parecer, donde no se le da oportunidad para expresarse y hacer valer su opinión, en donde no hay inclusión.

Las personas pueden ser mutuamente una puerta, una ventana, una oportunidad o posibilidad para salir del encierro en que se puede estar y abrirse a lo nuevo que puede venir.

Las comunidades deben ser liberadas de la indiferencia, de la incapacidad de escucha y de diálogo.

Consideraciones sobre la relación entre los demonios, los exorcismos y las personas con deficiencia en el Nuevo Testamento.

Es importante hacer algunas consideraciones sobre el uso de la terminología referida a los demonios, espíritus impuros, etc. y los exorcismos en relación con las personas con deficiencia en el Evangelio y para evitar continuar con la idea de que la deficiencia tiene su origen en el actuar de fuerzas externas negativas al hombre y su solución está en el actuar de Dios.

- **¿El actuar milagroso de Jesús que cura es una afirmación de que la enfermedad es producida por un agente externo al hombre?**

Los milagros y los exorcismos de Jesús ante personas enfermas o con deficiencias parecieran afirmar la concepción de que las mismas tienen su origen en fuerzas externas al hombre y que quienes las sufren sólo pueden ser liberados por el actuar de Dios. Pero ¿es así esto?

Ciertas tradiciones judías pensaban que algunas enfermedades eran provocadas por Dios y que el hombre podía ser poseído por demonios o espíritus impuros que lo enfermaban o le producían deficiencias. Pero también en el tiempo de Jesús se sabía que las enfermedades eran fruto de un desorden interno, de un desequilibrio de los elementos de los que el hombre estaba compuesto, aunque no se supiese cuál era la causa que las producían. Por lo tanto, que Jesús con su poder divino haya curado enfermedades o hecho desaparecer deficiencias no implicaba que el origen de estas sea un agente externo al hombre.

Las obras maravillosas con las que Jesús sanaba a muchos enfermos tenían el valor de signo de la presencia actuante de Dios en favor de los hombres. Eran la forma de expresar que Jesús era el Mesías esperado de todos los tiempos. Él era el que iba a venir a transformar la situación, como ya se dijo antes, de aquellos que experimentaban la opresión y la exclusión en Israel según los anuncios del profeta Isaías.

Tenían el valor de signo. No todos los enfermos o personas con deficiencia fueron curados o recuperaron su funcionalidad. De hecho, ciertos milagros se pueden comprender no como curación sino como la posibilidad de vivir con la deficiencia.

Estas obras anunciaban que había llegado el momento de una vida nueva donde los hombres vivirán en paz, integrados unos con otros. El camino para esto no era acabar milagrosamente con las enfermedades y con las deficiencias, sino la eliminación de los prejuicios sobre el valor de cada persona, el desarrollo de una capacidad de aceptarse los hombres como hermanos, de hacerse prójimos, de perdonarse, de abajar los muros que los separan, de practicar una justicia que permitiera a los hombres la oportunidad de acceder a los bienes que su dignidad exige.

¿Cómo entender las curaciones milagrosas de Jesús en las que se expulsa demonios?

Origen de los demonios en Israel

Para profundizar el origen de la referencia a los ángeles y los demonios que subsiste en el Evangelio me valgo de lo dicho por Pierre Grelot:

“Las fuentes arcaicas de esta creencia descubren sin dificultad la persistencia de una mentalidad animista: todas las cosas de la naturaleza, las manifestaciones de las fuerzas que el hombre considera superiores a sí mismo, la alternancia de hechos felices y desgraciados, etc., se atribuyen a espíritus que albergan intenciones favorables o desfavorables. Pero, con el tiempo, el animismo espontáneo de los pueblos primitivos se hace más complejo. En todos los paganismos antiguos se entremezcla con mitologías muy elaboradas que presentan universos regidos por fuerzas o potencias divinas. Estas, que residen arriba, en el empyreo, utilizan intermediarios para ejecutar aquí abajo sus designios: son los espíritus y demonios de todo tipo, a los que se suele representar flotando en el aire y mezclados en la existencia diaria de los hombres. Incluso cuando los panteones^[32] no se organizan en clanes antagónicos cuya lucha eterna se refleja en los enfrentamientos entre el Bien y el Mal, la Luz y las Tinieblas, el Orden y el Caos, los espíritus inferiores aparecen normalmente repartidos en dos clases, según que su acción sea benéfica o maléfica. Genios buenos y malos, ángeles y demonios, tienen su parte en el mundo, y el hombre se ve sumergido en los remolinos de sus acciones.

¿Cómo reaccionó la religión de Israel, y luego el judaísmo, ante esta concepción? No rechazando el animismo que tenía en su base, sino disciplinándolo, por así decirlo, a fin de acomodarlo a sus propias exigencias doctrinales. Dado que el Dios único absorbía en sí todo lo que los antiguos atribuían a la divinidad, no quedaba lugar a su lado más que para unas potencias subordinadas a él, auxiliares de su plan de benevolencia para con los hombres o bien hostiles a ese plan, emisarios encargados de ejecutar sus órdenes o bien deseosos de hacerlas fracasar. Así, en Israel fue tomando forma una doctrina sobre los ángeles y los demonios en la que se podrían señalar elementos tomados de todas las civilizaciones del entorno...

...en el plano doctrinal, el marco de la demonología judía es muy diferente de sus paralelos paganos. Dado que el poder del Dios único es absolutamente superior a todo otro poder, las fuerzas oscuras que se agitan fuera de él y contra él han de ser simples criaturas, a las que Dios concede un poder limitado en la medida en que el hombre debe ser providencialmente 'puesto a prueba' (o tentado, pues la misma palabra designa la tentación y la prueba). Desde este punto de vista, los 'espíritus impuros' quedan en situación subordinada, y su acción no suprime el designo benevolente de Dios para con los hombres.... Por más que la religión judía elimine el culto a las divinidades paganas, viejos dioses destronados simbolizan ahora el ámbito del mal, como Beelzebul, Baal el Príncipe, convertido en el 'príncipe de los demonios'. Si bien tanto en el orden físico como en el moral, Dios no es autor de mal alguno, Satán se encarga de hacernos mal o de arrastrarnos al mal: en ambos casos recurre a todo género de fuerzas ocultas, probablemente ángeles caídos..."[33]

Jesús no entra a discutir estas categorías, pero no las afirma. Con su actuar expresa que él vence todo mal oscuro que los hombres de aquel tiempo creían que obraba sobre ellos, y deja de lado todo dualismo y todas aquellas categorías de espíritus malos a quienes Dios permite obrar sobre los hombres, aunque Él lo hace para bien de ellos.

Enfermedad, medicina y exorcismos

Sobre la relación entre la enfermedad y la posesión diabólica, Pierre Grelot dice: "... ¿Se distinguía en aquella época la enfermedad de la posesión diabólica y la curación natural del exorcismo? ¿Penetró Jesús en la mentalidad de sus contemporáneos hasta compartir sus creencias en ese terreno? ¿Qué significaban a sus ojos las curaciones que él interpretaba como liberaciones de posesos? ¿Pueden tener para nosotros el mismo significado?..."[34]

"La creencia en los demonios y en las posesiones diabólicas es un hecho cultural común a todos los contemporáneos de Jesús..."

El judaísmo tardío, sobre todo el influido por la literatura apocalíptica[35], ha tendido a multiplicar los demonios y otros espíritus maléficos, lo mismo que multiplicaba las mediaciones angélicas entre Dios y los hombres. En el ambiente que vivió Jesús se practicaban exorcismos (Mt.12,27). Los ambientes paganos conocían evidentemente prácticas análogas, con un mayor énfasis en la mentalidad mágica vinculada a las tradiciones arcaicas.

¿Hasta qué punto esas creencias tenían repercusiones en el problema de la enfermedad y la curación? La respuesta debe ser matizada. En la antigüedad oriental se acudía desde siempre a los sacerdotes en busca de recetas para curar y de exorcismos para librarse de los maleficios. Existía también una farmacopea[36] popular; pero el recurso a las fórmulas imprecativas y a la invocación de los 'nombres' tenía tanto éxito como ella, si no mayor. Es cierto que, progresivamente, esta mezcla de medicina y magia fue cediendo terreno ante el

arte médico de los griegos, más atentos a las constantes y a las leyes de una naturaleza (physis) de la que tenían cierta idea. En el judaísmo, la subordinación absoluta de los ángeles al Dios único y el rebajamiento de los demonios a un rango inferior mantuvieron la necesidad de plegarias, exorcismos e invocaciones eficaces al lado del recurso a los remedios prescritos por el uso.

¿Hasta qué punto en tiempo de Jesús, la medicina griega derivada de Hipócrates había penetrado en aquel ambiente cultural que, para salvaguardar su fe, era en principio reticente frente a las influencias extranjeras? Un texto del Sirácida[37] (Eclo.38,1-15) permite entrever una penetración bastante amplia, quizá desde la época alejandrina y tolemaica, puesto que la profesión médica es considerada como un verdadero don de Dios a los hombres. Más tarde, los testimonios concordantes de la Misná, el Talmud y los evangelios muestran la existencia de numerosos médicos en las ciudades y aldeas de Judea y Galilea. La profesión figura una vez entre los oficios menos honorables, pero funciona con toda normalidad. No sería, pues, razonable exagerar los rasgos arcaicos atribuibles a la mentalidad de la época.

Sin embargo, el recurso al cuerpo médico y a su farmacopea no eliminó, al parecer, la vieja concepción popular de la enfermedad; no estaba clara la frontera entre las causas naturales, tratables con remedios adecuados, y las causas sobrenaturales, ante las que la medicina es impotente. La creencia en el influjo oculto de los demonios y de los espíritus malignos estaba quizás tan extendida en el ambiente judío como en el griego u oriental salvo que para los judíos, en último término, Dios seguía siendo el dueño.”[38]

Enfermedad, milagros y exorcismos

Pierre Grelot dice: “Es verdad que, tanto en los sinópticos[39] como en Juan, hay una serie de relatos de milagro que no hacen ninguna alusión a la actividad extraordinaria de agentes supranormales (Para demostrar que no es desconocido el aspecto propiamente médico, podemos citar: la suegra de Pedro aquejada de una fuerte fiebre; el paralítico de Cafarnaún, el hombre de la mano seca, el hidrópico, el siervo del centurión y el hijo del oficial real; el leproso que debe mostrarse a los sacerdotes como cualquier enfermo curado; la mujer afectada por una pérdida de sangre, a la que no han podido curar los médicos; la hija de la sirofenicia, el tartamudo, el ciego de Betsaida, el ciego de Jericó; Malco a quien Pedro hiere en la oreja; el paralítico de Bezatá (o Betesda) y el ciego de nacimiento.). En todos estos casos Jesús se limita a pronunciar una palabra, a dar una orden o, a lo sumo, a hacer un gesto. El poder de la enfermedad no está personificado en absoluto: es una fuerza ciega de la que el hombre es víctima, pero que Jesús se muestra capaz de dominar.

No obstante, hay relatos que presentan rasgos de Jesús que podrían entenderse como gestos de exorcismos. Tales indicios demuestran que no es posible excluir en ningún caso un trasfondo demonológico, ni siquiera cuando no se advierte. Enfermedad y acción demoníaca van de la mano...

...en la mentalidad popular de la época, era muy difícil de trazar la frontera entre la enfermedad y la posesión diabólica. Jesús no se opone a tal mentalidad; antes bien se sirve de ella para unificar los aspectos de su ministerio que le muestran en situación conflictiva, en lucha abierta contra el mal en todas sus formas. Pero en esa lucha el vencedor es Jesús: Satanás, que personifica el poder del mal, cae del cielo como el rayo... En los Hechos de los Apóstoles se presenta la misión de Jesús en estos términos: ‘Pasó haciendo el bien y curando a todos los que habían caído en poder del diablo, pues Dios estaba con él’ (Hch.10.38).

Así, pues, la forma en que es interpretada la actividad de Jesús por los que creyeron en el evangelio nos permite ver cómo la entendió y presentó él mismo. La salvación de los hombres llega, el reino de Dios se instaura, porque Dios, actuando a través de su enviado, triunfa radicalmente sobre un poder oscuro cuyos rasgos no es posible percibir directamente, pero cuya presencia se advierte en todos los aspectos sombríos de la existencia humana, tanto en el plano moral como en el físico...

Jesús no enseñó nada nuevo en materia de demonología: en este punto empleó el lenguaje de su tiempo. Lenguaje que era naturalmente simbólico o, mejor, mítico[40]... ¿cómo fabricar otro para anunciar un aspecto de la experiencia humana que no se deja reducir jamás a conceptos racionales? Pero es evidente que, para Jesús, el lenguaje simbólico servía para traducir una experiencia a la que él atribuía el máximo realismo. La escena de la tentación (Mc. 4, Lc 4) es un enfrentamiento a muerte entre él y el mal, que se presenta bajo su forma seductora: Jesús, triunfando sobre el mal, muestra que Dios reina en su propio corazón. Su encuentro con los enfermos y con todos los que se consideran afligidos por los demonios prologa en otro plano ese enfrentamiento entre él y el mal: su victoria muestra entonces que el reino de Dios ha entrado en escena entre los hombres.

Jesús no entendió su lucha contra Satán como una lucha contra el mal en abstracto. Esto deja intactas todas las causalidades físicas que algunos modernos descubren o presumen detrás de los males humanos. Pero, por encima de esos males particulares, ¿no presentimos una realidad imposible de describir en lenguaje claro, una presencia, una potencia, con la que chocamos tanto en el plano moral como en el físico? ¿A qué se debe esto, y cuáles son las intenciones de Dios al respecto? Jesús no vino a descubrir la naturaleza secreta del mal, demasiado oscura para ser definible, sino a revelar que Dios se ocupa de nuestra confrontación con ese mal, sea el que fuera. Ahí reside un aspecto esencial de la redención.”[41]

- **Los demonios como fuerzas negativas de la comunidad que actúan sobre los hombres. Otra perspectiva sobre la demonología.**

En la línea de la oscuridad del mal presente en la vida humana, que no necesariamente es un ser personal difuso que obra en lo escondido de manera “intrigante” o de “difícil definición o comprensible” para el hombre, hay otra interpretación sobre los demonios. Para esto tomo la interpretación que plantean los escrituristas Mateos y Camacho.

Satanás, el poder y la ideología del poder

“En Marcos, Satanás representa, por tanto, el poder y la ideología del poder, que lo presenta como un valor positivo y tienta a los hombres excitando en ellos la ambición de superioridad y dominio. La tentación de poder pretende disuadir a Jesús de llevar a cabo su entrega por el bien de los hombres...

La identificación de Satanás con la ideología del poder y con los que la proponen aparece claramente en Mc.8,33, donde Jesús llama a Pedro “Satanás”, precisamente por oponerse al destino del Hombre que él ha anunciado, y que incluye el rechazo y la muerte.

Belcebú era el nombre popular, despectivo y probablemente supersticioso, que se daba al diablo... Jesús no utiliza ese nombre, que daba pie a la creencia en un ser maligno; emplea

el término “Satanás”, que ya ha aparecido en el evangelio como la personificación del poder enemigo del hombre.

El planteo del texto es el siguiente: Los adversarios de Jesús dicen que él expulsa a los demonios (agentes de Satanás), es decir, hace que el fanático violento de una ideología de poder renuncie a ella. Y esto lo hace porque Jesús mismo estima y ambiciona el poder (otro agente de Satanás). Ante esto Jesús responde: si un partidario del poder les quita a otros partidarios la estima del poder, le está minando el terreno al poder de Satanás. Si el poder se combate a sí mismo eliminando su ideología, está perdido. Si Satanás tuviese agentes que liberasen a los hombres de la estima y el deseo del poder, él mismo estaría provocando su propia ruina.”[42]

Y continúan: “De hecho, quien sea agente del poder o lleve en sí la ambición de poder nunca dará libertad al hombre ni lo persuadirá a abandonar la ideología de poder y violencia que lo posee (el demonio o espíritu inmundo). Dar libertad es arruinar el poder, ajeno o propio. En consecuencia, a ese tal no le interesaría liberar a los poseídos (fanáticos del poder y la violencia) de su manera de pensar, sino ganarlos para su causa.

Es la ideología y ambición de poder (Satanás) la que hace que el hombre se cierre al mensaje, como lo expresa Mc.4,15: “Estos son los de junto al camino: aquellos donde se siembra el mensaje, pero, en cuanto lo escuchan, llega Satanás y les quita el mensaje sembrado en ellos”.

En los Evangelios de Mateo y Lucas, la identificación de “Satanás” o “el diablo” con el poder es manifiesta en la tercera tentación, donde el tentador ofrece a Jesús el dominio del mundo a condición de que le rinda homenaje. El poder se diviniza, como lo indica la mención del monte o de la altura y usurpa el lugar de Dios, es decir, se hace el valor supremo y pide homenaje sin reservas.”[43]

En Lc.13,10ss, Jesús cura a una mujer enferma encorvada por causa de un espíritu y “...se indigna porque, por ser sábado, el jefe de sinagoga se oponía a la curación. Después de echarles en cara que no les importa que sea día de precepto para cuidar de los animales, añade: ‘Y a ésta, que es hija de Abrahán y que Satanás ató hace ya dieciocho años, ¿no había que soltarla de su cadena en día de precepto?’”[44]

Esta mujer, figura del pueblo, tiene un espíritu que la pone enferma y la tiene encorvada, es decir, que le impide alcanzar su plena estatura humana. Aquí ese espíritu, Satanás, es el poder religioso expresado en el precepto del sábado que según ellos prohíbe la curación de los hombres. Así ese poder y esa Ley se vuelven enemigos del hombre porque no lo dejan desarrollarse.

Jesús viene a liberar. Él viene a posibilitar que cada persona se enderece (Lc. 13,10-17), venza aquello que la somete, se ponga de pie, alcance su plena estatura humana, pueda erguirse para vivir su tiempo y enfrentar desde sí lo que cada día le presenta.

Así el Evangelio va cuestionando todo poder que se oponga a la dignidad del hombre, que lo oprima, que no lo deje desarrollarse integralmente, que le impida sus opciones libres.

Los espíritus inmundos en los Evangelistas

Mateos y Camacho expresan que “Mientras en los tres evangelios sinópticos aparecen con frecuencia casos de posesión por parte de espíritus impuros/inmundos o demonios, que Jesús expulsa, esto nunca sucede en el Evangelio de Juan: en él, Jesús no libera a un solo endemoniado.

Esta diversidad que se constata entre los evangelios sinópticos y Juan hace sospechar que la expulsión de espíritus impuros o demonios pueda ser una manera de hablar de los tres primeros evangelistas y que, en realidad, estén utilizando una figura que debe ser interpretada con otras categorías. En tal caso, podría ser que Juan expusiese la misma idea utilizando un símbolo diferente.

Para determinar el significado que tienen los “espíritus inmundos” o “los demonios” en los evangelios sinópticos, examinemos el pasaje de Marcos donde aparece por primera vez un poseído: el episodio de la sinagoga de Cafarnaún (Mc. 1,21b-28).

...la palabra “espíritu” significa originariamente “viento” o “aliento”. Un “espíritu”, lo mismo el “Espíritu Santo” que el “espíritu inmundo”, se concibe como fuerzas o principios activos que proceden del exterior del hombre; si éste acepta su influjo, actúan desde su interior.

Los adjetivos “santo” e “inmundo/impuro” significan, respectivamente, “perteneciente a la esfera divina” o “ajeno y contrario a ella”, y caracterizan a estos espíritus como fuerzas, una procedente de Dios, la otra contraria a Dios...

En el episodio se constatan los datos siguientes:

El público de la sinagoga queda impresionado por la enseñanza de Jesús y, al compararla con la de los letrados, maestros oficiales, reconocen en ella una autoridad divina que nunca han encontrado en sus maestros habituales (1,22). Esto equivale a decir que la enseñanza de Jesús provoca el descrédito de la enseñanza oficial, que aparece falta de autoridad divina.

Un hombre poseído por un espíritu inmundo reacciona interrumpiendo a gritos la enseñanza de Jesús...

“Qué tienes tú contra nosotros, Jesús Nazareno?”, resalta el tú contra el nosotros. Lo mismo en la pregunta siguiente: “¿Has venido a destruirnos?”. El plural que utiliza el poseído contrasta con la singularidad del “hombre” que lo pronuncia y revela que este hombre se identifica con un grupo y se hace su representante.

Para determinar de qué grupo se trata hay que examinar el contexto. Es claro que el plural “nosotros” señala a los que se sienten amenazados por la enseñanza de Jesús (“¿Has venido a destruirnos?”). Según lo dicho, para la gente ha sido una experiencia positiva la enseñanza de Jesús, pero no así para los letrados.

El poseído, que no es un letrado, sino uno del público, se identifica, sin embargo, con ellos: el peligro que representa Jesús para los letrados y su enseñanza lo ve como peligro propio (destruirnos). Como este hombre no pertenece a la clase de los letrados, su identificación con ellos se explica únicamente por la común ideología: el individuo, miembro de la sinagoga y receptor de la enseñanza de los letrados, ha hecho suya la doctrina de éstos y defiende su prestigio.

El que ha hablado por la boca del hombre ha sido el espíritu inmundo: así lo demuestra Jesús: “Cállate la boca y sal de él”. Por tanto, la identificación de este individuo con los letrados no procede del hombre, sino del espíritu que lo posee.

Ahora bien: si el poseído es adicto incondicional de los letrados, esto se debe a que los letrados le han infundido esa adhesión inquebrantable, persuadiéndolo de la autoridad divina de su doctrina. O sea, que el espíritu inmundo que lo posee y lo hace identificarse con los letrados le viene del influjo de éstos, de haber asimilado la enseñanza recibida de ellos y haberla hecho suya. El espíritu inmundo se identifica, por tanto, con la doctrina de los

letrados, con la ideología que éstos transmiten; ella domina al hombre y lo despersonaliza: ya no habla el hombre, sino la ideología que profesa. Los letrados, por su parte, aparecen como “los que endemonian” al hombre con su enseñanza.

El espíritu inmundo es, pues, una figura tomada de la cultura ambiente, pero a la que Marcos cambia el contenido. Para el evangelista y sus destinatarios, el verdadero espíritu inmundo que oprime y despersonaliza al hombre no es un agente externo invisible y maligno que se introduce en el hombre, según la concepción popular del tiempo, sino, en lenguaje moderno, un factor alienante procedente del exterior, que impide al hombre ser él mismo y utilizar su razón; en el caso de la sinagoga, la doctrina propuesta por los letrados.

El endemoniado es un caso de alienación total, pues, al contrario que el público de la sinagoga, que conserva la capacidad de crítica (estaban impresionados... pues les enseñaba como quien tiene autoridad, no como los letrados), actúa impulsado únicamente por el fanatismo de su ideología. Esta es inmundita/impura, es decir, antagónica de la santidad divina, diametralmente opuesta a Dios (tu idea no es la de Dios sino la de los hombres); por eso quien la profesa no puede comunicar con Dios ni tener acceso a él.

El espíritu inmundo es un factor activo que no procede del hombre, sino del exterior; el hombre puede aceptarlo y, en ese caso, las acciones se atribuyen igualmente al hombre y al espíritu; es alienante; una vez que se apodera del hombre, lo despersonaliza: ya no actúa realmente el hombre, sino el espíritu; “el espíritu inmundo” es figura de una ideología contraria al ser de Dios.”[45]

Esta es una perspectiva nueva de los demonios o espíritus impuros que deja fuera la idea de un ser espiritual personal que obra desde afuera.

“Expulsar el espíritu, es decir, liberar al hombre de la ideología que lo domina y lo deshumaniza, no es un acto independiente de la enseñanza: se debe a la novedad que ésta presenta por la autoridad (el Espíritu) con que Jesús la propone. La expulsión del espíritu inmundo es imagen de la fuerza de persuasión de Jesús, portador del Espíritu, capaz de vencer la resistencia fanática a su mensaje.

Esta interpretación del “espíritu inmundo” (y también de los “demonios”) como factor alienante que se idéntica con una doctrina o ideología contraria a Dios puede ser verificada en los demás pasajes en que aparece en el evangelio. En el caso de un poseído israelita, la alienación proviene de la doctrina de los letrados (9,14; cf. 9,11). Cuando el poseído es un pagano o los espíritus se encuentran en una multitud compuesta de judíos y paganos (3,11s), hay que investigar qué ideología contraria a Dios está representada por ellos.”[46]

Aplicación a la temática de la discapacidad

Los milagros como expresión de la presencia actuante de Dios que vino a liberar al hombre de todo aquello que le impide crecer, del mal en sus diversas expresiones, no negaba el actuar médico que se practicaba en aquella época.

El objetivo de su actuar, tal cual indicaban las curaciones que realiza, no estaba reducido a lo puramente espiritual, también implicaba su desarrollo personal, así como su inclusión en la vida comunitaria como miembro activo que con su particularidad podía aportar a su construcción.

Su obrar buscaba derribar las restricciones que el ambiente les generaba con sus prejuicios y formas de pensar.

Sus obras maravillosas que sorprenden al hombre hacían presente el actuar real de Dios que ayuda a vencer lo que lo oprime. Él provocó que el hombre con parálisis cargue su camilla; que el hombre con ceguera salte al camino para ir a su encuentro; que el paralítico de la piscina de Betsata pueda cambiar su situación; que el hombre de la mano seca pueda extender el brazo y ser partícipe de su comunidad; que la niña/joven sobreprotegida, muerta para todos y dormida para Jesús, se despierte y camine y que los padres descubran otra imagen de ella; que la madre sirofenicia ante la negativa de Jesús de curar a su hija se dé cuenta que la solución estaba en ella y así aquella se viera libre de lo que la oprimía; que el ciego de nacimiento fuera capaz de hacer su camino, desarrollar sus perspectivas y enfrentar el entorno que lo anulaba; que la mujer encorvada del templo se enderece; que los niños no valorados sean tenidos en cuenta; que el leproso descubra que en él no había nada malo; que los cortos de mente sean valorados porque toda persona tiene un mensaje que debe ser considerado.

A los hombres que podían llegar a pensar que no contaban, que no importaban, que no había nada en ellos de belleza o de la imagen de Dios en su rostro, Él les dice: 'Tú eres mi hijo, a ti te cree como a la obra más maravillosa y nada puede quitar el espíritu de vida que soplé en ti, nada ni nadie puede destruir mi obra que eres tú, ni puede imposibilitar totalmente el llamado que te hice, la invitación a que seas fecundo y multipliques la vida en el mundo. Lamentablemente los hombres se suelen generar dificultades, trabas, restricciones para que esa vida única y maravillosa no sea vivida con toda su riqueza.'

Los milagros no están solamente dirigidos a las personas individuales. Lo que Jesús realiza sobre ellas es lo que quiere provocar que se genere en la comunidad. Que sea una sociedad accesible a todos en todas sus dimensiones, que todos puedan experimentar el apoyo de los demás para poder andar la vida, que todos se abran al encuentro con el otro, que nadie se experimente desvalorizado por propuestas que no tienen en cuenta su realidad, que nadie sea excluido por estructuras que no se adaptan a las diversas posibilidades de las personas, que haya oportunidades de participación para todos, que los individuos se experimenten invitados a enfrentar la vida desde sí mismos y no limitados por prejuicios que paralizan, que el espíritu reinante sea 'qué necesitas para lograr lo que deseas' y no 'tú no puedes', que todos sean escuchados, que todos experimenten que en cada uno hay algo bueno que desea ser recibido por los demás y que debe compartir para la construcción del bien común, que hoy es posible algo y mañana otra cosa, etc.

Desde el punto de vista de las personas con deficiencia, ese mal espíritu, que puede oprimir al hombre, que impide que sea él mismo y alcance su desarrollo y que lo aliena desde el exterior, son los prejuicios negativos o concepciones inhumanas sobre la deficiencia presentes activamente en la sociedad. Estos les han quitado toda valoración de sí mismos, los han convencido que nada pueden por su deficiencia. Estos se han instalado en la manera de valorarlos o considerarlos y han llevado a su discriminación, a su exclusión, a tenerlos como seres despreciables, inútiles, parásitos, que nada aportan a la sociedad.

Esta manera de pensar se ha hecho "ideología" y para evitar todo cuestionamiento en ocasiones se le ha dado origen divino. Por eso Jesús cuestiona con su proceder la estructura religiosa dominante que condena a quien entra en contacto con ellos (toca al leproso), se rodea de los enfermos y deficientes para señalar la santidad de toda vida y expresa que el pensar de los dirigentes de la época no es el pensar de Dios.

La enseñanza que viene de antiguo y que encuentra su expresión en los dirigentes religiosos de la época es un espíritu inmundo que ha entrado en el corazón de los hombres,

les ha impedido reconocer la imagen de Dios en estas personas y les ha quitado toda capacidad de sentir con ellos justificando su exclusión.

Estos son los prejuicios, planteados como impureza, que impiden el acceso a Dios. Estos son los muros que impiden el encuentro, la inclusión plena y la comunión en el respeto de la vida tal cual es.

Hay que estar atentos para ver cómo esa manera de pensar, que considera que unos son más valiosos que otros, se va concretando en las decisiones ordinarias de la vida de los hombres, en las palabras y afirmaciones que se hacen, en las opciones que se realizan o proponen que parecen ser muy sensatas según las circunstancias que se viven, pero no lo son según el corazón de Dios.

Todo pensamiento, palabra, acción o silencio que provoca o permite el desprecio de alguien por considerarlo no valioso, es un espíritu violento y destructor que anula el desarrollo de personas concretas y de la sociedad toda como cuerpo que se edifica con la participación de todas las personas.

La expulsión de ese espíritu, a través de la Buena Nueva de Jesús hecha palabra y acción, es liberación del hombre de esas creencias erróneas.

Así se ve cómo la Buena Nueva de Jesús se refiere a las personas con deficiencias, porque cuestiona la manera de pensar que promueve que ellas no son imagen plena de Dios ni del hombre y que justifica su exclusión de la participación social junto a todos los hombres en todos los ámbitos.

No hay que dejar crecer el discurso y los prejuicios que consideran que la deficiencia es lo que destruye al hombre. Son las actitudes y opciones negativas hacia ellas, que organizan la sociedad, las que las dejan afuera por no respetar su dignidad y su propia funcionalidad.

Para Jesús toda persona, en su realidad concreta, debe ser respetada y considerada desde el inicio de su vida y en toda la organización social. Para él nadie está fuera de la vida, nadie es vil, despreciable, inútil, necio.

Desde aquí se puede entender aquello del Evangelio: los últimos serán los primeros. Dios pone en primer lugar lo que se suele descartar para recordar que todas las personas tienen que ser tenidas en cuenta. Nos llama a mirar lo que no se suele mirar para que nadie sea olvidado. Para Jesús el banquete de la vida es para todos ya que cada persona es la vida misma. Para Él no hay unos que tengan más vida que otros. Esto hace comprender la razón por la que Jesús se sentaba en la mesa de los pecadores, publicanos, borrachos y ladrones o se acercara a los enfermos y excluidos de su tiempo.

La primitiva comunidad cristiana

¿Una comunidad inclusiva?

- En el libro de los Hechos de los Apóstoles la comunidad cristiana primitiva muestra cómo fueron los comienzos de los primeros cristianos.

En dos ocasiones se hace una síntesis de la vida común. En el párrafo de Hch.2,42-47 se dice que se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, que se mantenían íntimamente unidos y comían juntos con alegría y

sencillez de corazón. En Hch.4,32-37 se afirma que la multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma y que todo era común entre ellos.

Se resalta que el fruto de la experiencia vivida con Cristo produjo una forma de vida que se expresaba en la comunión entre ellos, pero claro no todo era armonía.

En los inicios hubo una cuestión conflictiva: ¿Había que ser primero judío (circuncidarse) para luego ser cristiano (bautizarse)? Así se produjeron dos bandos: los cristianos venidos del judaísmo (Judaizantes) y los que venían del paganismo (Helenistas).

Pedro fue cuestionado por tener trato con paganos y haberlos bautizado (Hch.10-11). Ante esto Pedro terminará afirmando: "También a los paganos ha concedido Dios el don de la conversión que conduce a la Vida" (Hch.11,18).

Pero esta disputa no se solucionará tan fácilmente, ya que estos cristianos judíos creían tener más derecho que los otros y les costaba entender claramente lo nuevo que había traído Jesús. Pedro tenía un comportamiento ambiguo que llevó a que Pablo lo corrigiera: "Pero cuando Céfas llegó a Antioquía, yo le hice frente porque su conducta era reprensible. En efecto, antes que llegaran algunos enviados de Santiago, él comía con los paganos, pero cuando estos llegaron, se alejó de ellos y permanecía apartado, por temor a los partidarios de la circuncisión. Los demás judíos lo imitaron, y hasta el mismo Bernabé se dejó arrastrar por su simulación. Cuando yo vi que no procedían rectamente, según la verdad del Evangelio, dije a Céfas delante de todos: 'Si tú, que eres judío, vives como los paganos y no como los judíos, ¿por qué obligas a los paganos a que vivan como los judíos?'" (Ga.2,11-14).

Desde esta perspectiva se puede decir que los primeros cristianos tuvieron que enfrentar la temática de la integración, no referida a las personas con enfermedades o deficiencias, sino a cuestiones de raza, de origen. Aquí se ve cómo una cuestión cultural, de tradición, dificulta comprender la novedad traída por Jesús que no hacía distinción de personas.

Esta disputa inicial fue una verdadera cuestión de integración de dos pueblos, pero también es una manera de comprender a Dios y su obra en favor de todos los hombres.

Esta realidad aparece también en la parábola del Padre misericordioso (Lc.15) representada en el desprecio del hijo mayor (los cristianos venidos del judaísmo) hacia el hijo menor (los cristianos venidos de los pueblos paganos) y el Padre que les recuerda que todos son hermanos.

En la Primera carta a los Corintios (1,10-25) se plantea también la división existente en los primeros cristianos.

"El mensaje de la cruz es una locura para los que se pierden, pero para los que se salvan –para nosotros– es fuerza de Dios. Porque está escrito: "Destruiré la sabiduría de los sabios y rechazaré la ciencia de los inteligentes". ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el hombre culto? ¿Dónde el razonador sutil de este mundo? ¿Acaso Dios no ha demostrado que la sabiduría del mundo es una necesidad?

En efecto, ya que el mundo, con su sabiduría, no reconoció a Dios en las obras que manifiestan su sabiduría, Dios quiso salvar a los que creen por la locura de la predicación. Mientras los judíos piden milagros y los griegos van en busca de sabiduría, nosotros, en cambio, predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos, pero fuerza y sabiduría de Dios para los que han sido llamados, tanto judíos como griegos. Porque la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que la fortaleza de los hombres.

Hermanos, tengan en cuenta quiénes son los que han sido llamados: no hay entre ustedes muchos sabios, hablando humanamente, ni son muchos los poderosos ni los nobles. Al contrario, Dios eligió lo que el mundo tiene por necio, para confundir a los sabios; lo que el mundo tiene por débil, para confundir a los fuertes; lo que es vil y despreciable y lo que no vale nada, para aniquilar a lo que vale. Así, nadie podrá gloriarse delante de Dios. Por él, ustedes están unidos a Cristo Jesús, que por disposición de Dios, se convirtió para nosotros en sabiduría y justicia, en santificación y redención, a fin de que, como está escrito: "El que se gloria, que se gloríe en el Señor".

De esta manera Pablo cuestiona a los que creen que han sido elegidos por Dios por tener méritos, por ser mejores.

Dios elige a los que nadie elige porque no hay en ellos méritos y lo hace para confundir y para aniquilar a los que se creen algo. Dios confunde a los sabios con su proceder y con su estilo aniquila, deja inactivos, a los fuertes. Que nadie se crea mejor, un superhombre en la comunidad cristiana, un supercristiano que desmerece a los demás. Los que así juzgaban esperaban ser reconocidos por sus méritos, daban por descontado ser elegidos, consideraban que en ellos había algo que los hacía mejores que aquellos, pero la mirada de Dios estuvo puesta en otro lado.

La elección de Dios de las personas que no son tenidas en cuenta por el mundo tiene un objetivo; confundir (desubicar) a los sabios o aniquilar (dejar sin fuerza) a los que se consideran fuertes. Dios quiere producir un cambio de estructura desde su manera de valorar a los hombres, de mirarlos, de juzgarlos.

Dios viene para que los hombres vivan ubicados de acuerdo a su realidad humana: que nadie se crea más, que nadie se crea superior, que nadie desprecie o desvalore al otro, que nadie se ponga encima del otro. Creerse mejor que los demás es vivir desubicado. Invitará a que nadie se tenga por superior y que la humildad los lleve a estimar a los otros como superiores a ellos mismos (Flp. 2,1-4).

La discriminación no tiene lugar en Dios. Él no considera a nadie sin valor.

Desde aquí se puede decir que no hay verdadera inclusión si no hay valoración de la persona como tal, de cada individuo en su diversidad, porque cada uno es obra admirable de Dios. Si en el interior de los hombres se mantiene el desprecio hacia el otro, si hay gente considerada despectivamente diferente, de menor valor, por otros que se consideran superiores, seguirá circulando en la sociedad una fuerza negativa que no permitirá un real acercamiento entre los hombres, por más que estén juntos.

- En la carta a los Efesios (2,11-22) se plantea nuevamente la división, entre los judíos (circuncisos) y los paganos (incircuncisos) llamados a la fe. Ante esto Pablo mira el actuar de Jesús y lo interpreta como una obra de comunión, de paz, de integración.

“Por eso, recuerden lo que ustedes eran antes: paganos de nacimiento, llamados ‘incircuncisos’ por aquellos que se dicen ‘circuncisos’, en virtud de un corte practicado en la carne. Entonces ustedes no tenían a Cristo y estaban excluidos de la comunidad de Israel, ajenos a las alianzas de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora, en Cristo Jesús, ustedes, los que antes estaban lejos, han sido acercados por la sangre de Cristo.

Porque Cristo es nuestra paz: él ha unido a los dos pueblos en uno solo, derribando el muro de enemistad que los separaba, y aboliendo en su propia carne la Ley con sus mandamientos y prescripciones. Así creó con los pueblos un solo Hombre nuevo en su propia persona, restableciendo la paz, y los reconcilió con Dios en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, destruyendo la enemistad en su persona. Y él vino a proclamar la Buena Noticia de la paz, paz para ustedes, que estaban lejos, paz también para aquellos que estaban cerca. Porque por medio de Cristo, todos sin distinción tenemos acceso al Padre, en un mismo Espíritu.

Por lo tanto, ustedes ya no son extranjeros ni huéspedes, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios. Ustedes están edificados sobre los apóstoles y los profetas, que son los cimientos, mientras que la piedra angular es el mismo Jesucristo.

En él, todo el edificio, bien trabado, va creciendo para constituir un templo santo en el Señor. En él, también ustedes son incorporados al edificio, para llegar a ser una morada de Dios en el Espíritu.”

El esquema del texto y el lenguaje usado es de integración.

A los paganos les dice que estaban “excluidos” de la comunidad de Israel, pero ahora “los que estaban lejos” por Cristo “han sido acercados”. Pablo tomó una frase del Profeta Isaías que veía la guerra que se vivía en otros lugares y pedía la paz para todos, porque sabía que lo que le sucede a los demás si no se hace algo, más tarde le[C36] s sucederá a los otros.

En este contexto entiende a Cristo como “la paz” porque “Él ha unido a los dos pueblos en uno solo. Derribando el muro de enemistad que los separaba...”. Él ha integrado a ambos. La palabra “paz” en hebreo proviene de una raíz que significa integración: la paz es fruto de esta.

Dice que Jesús ha derribado el muro que los separaba, las creencias mutuas que originaban desprecio entre ellos. A continuación, usa imágenes relacionadas con la integración: “creó con los dos pueblos un solo Hombre nuevo en su propia persona, restableciendo la paz y los reconcilió con Dios en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, destruyendo la enemistad en su persona.”

Pablo interpreta a Jesús como el Profeta de la Paz: “él vino a proclamar la Buena Noticia de la paz” a los que estaban lejos y a los que estaban cerca. Él dice que la Buena Nueva de Jesús es la Buena Nueva de la paz para los que están divididos, excluidos unos de otros. La paz debe ser una preocupación de todos. Todos deben ocuparse de lo que le[C37] sucede a los otros, porque las necesidades o dificultades de unos son las de los otros. Si se acepta la exclusión de unos, también se permitirá para todos.

Afirma que la obra de Jesús es que todos los hombres “sin distinción” tengan acceso al Padre en un mismo Espíritu. No hay lugar en Jesús para la discriminación entre los hombres, todos son hijos del Padre, todos tienen acceso a Él, no hay diferencia en su valor, en su dignidad.

Es interesante esta frase final porque se usan términos que van contra la exclusión y la discriminación: todos los hombres “sin distinción” tengan acceso al Padre, o sea nadie quede afuera, excluido. Tener acceso es que no haya barreras para con Dios, no haya restricciones para recibir su buena noticia, para participar en su misión. Pero si no hay barreras o restricciones en el acceso a Dios también los hombres deben recibirse generosamente entre sí y el Reino de Dios anunciado debe llegar a todos.

Y propone la siguiente conclusión: los paganos, los griegos “no son extranjeros ni huéspedes, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios.” Todos son parte de un todo: una ciudad, una familia.

Insiste en ser parte de un todo, de un edificio: “edificados sobre los apóstoles y los profetas y la piedra angular que es Cristo e incorporados al edificio para ser un templo santo en el Señor y para ser morada de Dios en el Espíritu.”

Jesús ha venido a provocar la comunión de los hombres. Esto supo vivirlo la comunidad cristiana al tener que llevar su Palabra a todos los hombres enfrentando la mirada elitista que se había implantado en el pueblo de Israel y que se había trasladado a su interior. Esta reflexión ayuda a comprender también la cuestión fundamental de la inclusión de las personas con discapacidad. Así se profundiza para todos los hombres lo que Jesús planteó para los excluidos de su tiempo y su petición al Padre que todos sean uno. (Jn. 19)

El texto usa varias veces palabras que hablan de inclusión: “no tenían a Cristo y estaban excluidos de la comunidad de Israel”, “los que estaban lejos han sido acercados por la sangre de Cristo”, “Cristo es nuestra paz: él ha unido a los dos pueblos en uno solo... creó con los dos pueblos un solo hombre nuevo en su propia persona...” “miembros de la familia de Dios”, “...todo el edificio, bien trabado, va creciendo para construir un templo santo.”

Él ha venido a derribar lo que separaba, los muros que los hombres habían creado entre sí. Él ha venido a unir, a acabar con la división que provoca la enemistad, la desintegración humana.

La palabra paz, “shalom”, en sus orígenes tiene que ver con lo que está completo, con lo que está integrado. Por tanto, la paz es fruto de la integración.

“El relato pone a Jesús como el que en sí mismo realiza la unión de estos pueblos que estaban separados, divididos, excluidos unos por otros. Él provoca la unión y así se dice que Él mismo es la paz. De esta manera Jesús realiza en sí mismo sin violencias, sin triunfos de unos sobre otros, el nuevo pueblo de Dios, la unión de los hombres, fruto solamente de la profunda reconciliación de los hombres con Dios y entre sí.” (1)

La exclusión implica no ser parte de la sociedad, no ser miembro, no ser uno del todo, no ser un igual a los demás. En cierta manera se puede unir a esto, el no tener nombre (ser un NN, no tener identidad) o ser nombrado por los demás de un modo que uno no es igual, que no tiene la misma dignidad que el resto. En la Biblia podemos pensar en un caso muy concreto: los extranjeros no eran nadie. Por algo Dios a su pueblo Israel, le recuerda al hablarle del amor al prójimo, recuerda que tú también fuiste extranjero.

Las personas con discapacidad experimentan esto ya que los demás le dan un nombre (discapacitados y todas las variantes que se usan), los ubican en un lugar de la sociedad distinto a los demás, deciden qué pueden hacer y que no, etc.

San Pablo en su carta a los Efesios (2,4-22) ha entendido este mensaje de Jesús y lo expresa del siguiente modo:

“Pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, precisamente cuando estábamos muertos a causa de nuestros pecados, nos hizo revivir con Cristo – ¡ustedes han sido salvados gratuitamente! – y con Cristo Jesús nos resucitó y nos hizo reinar con él en el cielo.

Así, Dios ha querido demostrar a los tiempos futuros la inmensa riqueza de su gracia por el amor que nos tiene en Cristo Jesús. Porque ustedes han sido salvados por su gracia,

mediante la fe. Esto no proviene de ustedes, sino que es un don de Dios; y no es el resultado de las obras, para que nadie se gloríe.

Nosotros somos creación suya: fuimos creados en Cristo Jesús, a fin de realizar aquellas buenas obras, que Dios preparó de antemano para que las practicáramos. Por eso, recuerden lo que ustedes eran antes: paganos de nacimiento, llamados «incircuncisos» por aquellos que se dicen «circuncisos», en virtud de un corte practicado en la carne.

Entonces ustedes no tenían a Cristo y estaban excluidos de la comunidad de Israel, ajenos a las alianzas de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo.

Pero ahora, en Cristo Jesús, ustedes, los que antes estaban lejos, han sido acercados por la sangre de Cristo.

Porque Cristo es nuestra paz; él ha unido a los dos pueblos en uno solo, derribando el muro de enemistad que los separaba, y aboliendo en su propia carne la Ley con sus mandamientos y prescripciones. Así creó con los dos pueblos un solo Hombre nuevo en su propia persona, restableciendo la paz, y los reconcilió con Dios en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, destruyendo la enemistad en su persona.

Y él vino a proclamar la Buena Noticia de la paz, paz para ustedes, que estaban lejos, paz también para aquellos que estaban cerca.

Porque por medio de Cristo, todos sin distinción tenemos acceso al Padre, en un mismo Espíritu.

Por lo tanto, ustedes ya no son extranjeros ni huéspedes, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios.

Ustedes están edificados sobre los apóstoles y los profetas, que son los cimientos, mientras que la piedra angular es el mismo Jesucristo.

En él, todo el edificio, bien trabado, va creciendo para constituir un templo santo en el Señor.

En él, también ustedes son incorporados al edificio, para llegar a ser una morada de Dios en el Espíritu.”

La terminología usada habla de inclusión de las personas, en contraposición a toda división u oposición:

Circuncisos en contra de incircuncisos

Los que eran excluidos de la comunidad de Israel

Los que estaban lejos, ahora cerca

Desde esta perspectiva Jesús es definido como la paz. Él es quien hace en sí mismo el hombre nuevo, un solo pueblo.

Porque Cristo es nuestra paz

Él ha unido a los dos pueblos en uno solo, derribando el muro de enemistad que los separaba,

Él ha hecho de los dos pueblos, un solo hombre nuevo en su propia persona, restableciendo la paz

Los reconcilió con Dios en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, destruyendo la enemistad en su persona

Así se define la obra Jesús en orden a la edificación de los hombres en un solo pueblo. La edificación es inclusión, es integración de ladrillos.

Él vino a proclamar la Buena Noticia de la paz, paz para ustedes, que estaban lejos, paz también para aquellos que estaban cerca.

Porque por medio de Cristo, todos sin distinción tenemos acceso al Padre, en un mismo Espíritu.

Ustedes ya no son extranjeros ni huéspedes, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios.

Ustedes están edificados sobre los apóstoles y los profetas, que son los cimientos, mientras que la piedra angular es el mismo Jesucristo.

De esta manera el Reino de Dios que Jesús anuncia, que ha tenido como claro signo la inclusión de las personas con deficiencia excluidas en su tiempo, busca producir que todos los hombres vivan en comunión, que nadie sea rechazado, desvalorizado, olvidado porque todo hombre en su realidad concreta es hijo de Dios, es el motivo de la encarnación del Hijo de Dios y la venida del Espíritu para todos tengan acceso del Padre y vivan unidos en un mismo Espíritu.

[1] Laín Entralgo, Pedro, Historia de la medicina, Salvat Editores S.A., Barcelona, 1978.

[2] Laín Entralgo, Pedro, Historia de la medicina, Salvat Editores S.A., Barcelona, 1978.

[3] Laín Entralgo, Pedro, Historia de la medicina, Salvat Editores S.A., Barcelona, 1978.

[4] Laín Entralgo, Pedro, Historia de la medicina, Salvat Editores S.A., Barcelona, 1978.

[5] Laín Entralgo, Pedro, Historia de la medicina, Salvat Editores S.A., Barcelona, 1978.

[6] Laín Entralgo, Pedro, Historia de la medicina, Salvat Editores S.A., Barcelona, 1978.

[7] Laín Entralgo, Pedro, Historia de la medicina, Salvat Editores S.A., Barcelona, 1978.

[8] Gargantilla Madera, Pedro, Manual de historia de la medicina, Grupo Editorial 33 S.L., Málaga 2009, 2da. Edición.

[9] Laín Entralgo Pedro, Historia de la medicina, Salvat Editores S.A., Barcelona, 1978.

[10] Von Rad, Gerhard, Teología del Antiguo Testamento, Ed. Sígueme, Salamanca, 1982

[11] Von Rad, Gerhard, Teología del Antiguo Testamento, Ed. Sígueme, Salamanca, 1982

[12] Von Rad, Gerhard, Teología del Antiguo Testamento, Ed. Sígueme, Salamanca, 1982

[13] Von Rad, Gerhard, Teología del Antiguo Testamento, Ed. Sígueme, Salamanca, 1982

[14] Von Rad, Gerhard, Teología del Antiguo Testamento, Ed. Sígueme, Salamanca, 1982

[15] Cfr. Messina, Rosario, Storia della carità – Cuore della Chiesa. Edizioni Camilliane, Torino, 2001.

[16] Cfr. Messina, Rosario, Storia della carità – Cuore della Chiesa. Edizioni Camilliane, Torino, 2001.

[17] Laín Entralgo, Pedro, El cristianismo primitivo y la medicina, www.cervantesvirtual.com/obra-visor

[18] Laín Entralgo, Pedro, Historia de la medicina, Salvat Editores S.A., Barcelona, 1978.

[19] Molero, Pablo Adrián, Vivir integrados o morir separados, Reflexiones desde el evangelio de Jesús y la inclusión de las personas con discapacidad, Ed. San Pablo, Buenos Aires, 2009

[20] Dupont, Jacques, Lés Beatitudes, Ed. Gabalda, París, 1969-1973.

[21] Mateos, Juan – Camacho, Fernando, Evangelio, Figuras y Símbolos, Ediciones El Almendro, Córdoba, 1992.

[22] Qumrán es un valle cercano al Mar Muerto donde se asentaron comunidades religiosas. En sus ruinas se encontró un valioso tesoro arqueológico y bíblico.

[23] Cfr. Dupont, Jacques, Les Béatitudes, Ed. Gabalda, París, 1969-1973.

[24] Colección escrita de las tradiciones orales judías.

[25] Mercier, Roberto, El evangelio según el discípulo a quien Jesús amaba, Tomo 1, Editorial San Pablo, Santa Fe de Bogotá, D.C., Colombia, 1994.

[26] Mercier, Roberto, El evangelio según el discípulo a quien Jesús amaba, Tomo 1, Editorial San Pablo, Santa Fe de Bogotá, D.C., Colombia, 1994.

[27] Cfr. Mateos, Juan – Camacho, Fernando, Evangelio, Figuras y Símbolos, Ediciones El Almendro, Córdoba, 1992.

[28] Mateos, Juan – Camacho, Fernando, Evangelio, Figuras y Símbolos, Ediciones El Almendro, Córdoba, 1992.

[29] Cfr. Mateos, Juan – Camacho, Fernando, Evangelio, Figuras y Símbolos, Ediciones El Almendro, Córdoba, 1992.

[30] Mateos, Juan – Camacho, Fernando, Evangelio, Figuras y Símbolos, Ediciones El Almendro, Córdoba, 1992.

[31] Mateos, Juan – Camacho, Fernando, Evangelio, Figuras y Símbolos, Ediciones El Almendro, Córdoba, 1992.

[32] Panteón: grupo de dioses de una religión

[33] Grelot, Pierre, Los milagros de Jesús y la demonología, en Los milagros de Jesús, X. León Dufour, Ed. Cristiandad, Madrid, 1979.

[34] Grelot, Pierre, Los milagros de Jesús y la demonología, en Los milagros de Jesús, X. León Dufour, Ed. Cristiandad, Madrid, 1979.

[35] Literatura apocalíptica: Expresiones literarias surgidas en la cultura hebrea y cristiana durante el período helénico y romano (siglos II y I A.C. y siglos I hasta mediados del siglo II) que expresan, por medio de símbolos y complejas metáforas, la situación de sufrimiento del pueblo judío y cristiano y su esperanza de una intervención mesiánica salvadora o en la segunda venida de Cristo.

[36] Libros con recetas de productos con propiedades medicinales reales o supuestas.

[37] Escrito 180 AC.

[38] Grelot, Pierre, Los milagros de Jesús y la demonología, en Los milagros de Jesús, X. León Dufour, Ed. Cristiandad, Madrid, 1979.

[39] Mateo, Marcos y Lucas

[40] Mítico: Historia fabulosa que explica aspectos de la condición humana.

[41] Grelot, Pierre, Los milagros de Jesús y la demonología, en Los milagros de Jesús, X. León Dufour, Ed. Cristiandad, Madrid, 1979.

[42] Cfr. Mateos, Juan – Camacho, Fernando, Evangelio, Figuras y Símbolos, Ediciones El Almendro, Córdoba, 1992.

[43] Mateos, Juan – Camacho, Fernando, Evangelio, Figuras y Símbolos, Ediciones El Almendro, Córdoba, 1992.

[44] Mateos, Juan – Camacho, Fernando, Evangelio, Figuras y Símbolos, Ediciones El Almendro, Córdoba, 1992.

[45] Mateos, Juan – Camacho, Fernando, Evangelio, Figuras y Símbolos, Ediciones El Almendro, Córdoba, 1992.

[46] Cfr. Mateos, Juan – Camacho, Fernando, Evangelio, Figuras y Símbolos, Ediciones El Almendro, Córdoba, 1992.